

PICO DELLA MIRANDOLA

**DISCURSO SOBRE
LA DIGNIDAD
DEL HOMBRE**

Traducción, estudio preliminar y notas de

ADOLFO RUIZ DIAZ



EDITORIAL Y LIBRERIA GONCOURT

Callao 1519

Buenos Aires

A Eduardo González Lanuza

IMPRESO EN LA ARGENTINA

© 1978. *Queda hecho el depósito que previene la ley*

2.000 ejemplares

p. 163 y ss. "Profeta de un tiempo que creía en los profetas, de una severidad digna de un sabio antiguo, expresa un aspecto no omitible de la tribulación de una edad profundamente atormentada y tan deseosa de armonía y de paz". (182).

³⁹ Contra el juicio en general desfavorable de los historiadores franceses a la llamada empresa romántica de Carlos VIII, EMMANUEL BERL defiende la oportunidad política de la expedición a Italia en *Les impostures de l'Histoire*, París, 1959.

⁴⁰ Cf. E. GUICCIARDINI, *Historia de Italia*, I. VI.

⁴¹ Cf. N. MACCHIAVELLI, *El príncipe*, cap. 12.

⁴² *Historias florentinas*, XII.

⁴³ "Sup. Fic.", II, p. 92 (cit. por R. MARCEL, *Marsile Ficin*, p. 553 n. 1).

BREVISIMO APENDICE BIBLIOGRAFICO

Alberto TENENTI, *Florenia en la época de los Medicis*, Trad. de Isabel Mirete, Barcelona, Península, 1974 - Excelente exposición de conjunto.

Ives RENOARD, *Historia de Florenia*, Trad. por Ana María de Torres Gonzales, Eudeba, B. A., 1968.

Josef PIEPER, *Filosofía Medieval y Mundo Moderno*, Trad. de Ramón Cercós, Madrid, Rialp, 1973. Buenas precisiones sobre *lo stilo parigino*, esp. p. 328 y ss. La bibliografía introductoria en castellano sobre la Cábala es, en general, despareja. Mencionaremos:

Marcos Ricardo BARNATAN, *La Kábala, una mística del lenguaje*, Madrid, Barral ed., 1974. Se basa en G. Scholem. Buena bibliografía.

Quiero mencionar dos obras de extraordinaria lucidez y documentación cuya lectura recomiendo. Sus puntos de vista respecto de las inquietudes herméticas en la época de Pico y en la nuestra, coinciden con los puntos que orientan mi *Estudio Preliminar*:

Julio CARO BAROJA, *Vidas mágicas e Inquisición*, (dos volúmenes). Etp. I, 2º p. cap. II, *Magia neoplatónica y arquetipos legendarios*, donde se estudia al licenciado Torralba a quien SECRET compara con Flavio Mitridates.

Julio CARO BAROJA, *De la superstición al ateísmo (Meditaciones antropológicas)*, Madrid, Taurus, 1974. En esp. *De nuevo sobre la mentalidad mágica*, pp. 175 - 201.

DISCURSO SOBRE LA DIGNIDAD DEL HOMBRE

He leído en los antiguos escritos de los árabes, padres venerados ¹ que Abdala el sarraceno ² interrogado acerca de cuál era a sus ojos el espectáculo más maravilloso en esta escena del mundo, había respondido que nada veía más espléndido que el hombre. Con esta afirmación coincide aquella famosa de Hermes: "Gran milagro, oh Asclepio, es el hombre". ³

Sin embargo, al meditar sobre el significado de estas afirmaciones, no me parecieron del todo persuasivas las múltiples razones que son aducidas a propósito de la grandeza humana: que el hombre, familiar de las criaturas superiores y soberano de las inferiores, es el vínculo entre ellas; que por la agudeza de los sentidos, por el poder indagador de la razón y por la luz del intelecto, es intérprete de la naturaleza; que, intermediario entre el tiempo y la eternidad es (como dicen los persas) cópula, y también connubio de todos los seres del mundo y, según testimonio de David, ⁴ poco inferior a los ángeles. Cosas grandes, sin duda, pero no tanto como para que el hombre reivindique el privilegio de una admiración ilimitada. Porque en efecto, ¿no deberemos admirar más a los propios ángeles y a los beatísimos coros del cielo?

Pero, finalmente, me parece haber comprendido por qué es el hombre el más afortunado de todos los seres animados y digno, por lo tanto, de toda admiración. Y comprendí en qué consiste la suerte que le ha tocado en el orden universal, no sólo envidiable para las bestias, sino para los astros y los espíritus ultramundanos. ¡Cosa increíble y estupenda! ¿Y por qué no, desde el momento que precisamente en razón de ella el hombre es llamado y considerado justamen-

Pero escuchad, oh padres, cual sea tal condición de grandeza y prestad, en vuestra cortesía, oído benigno a este discurso mío.

Ya el sumo Padre, Dios arquitecto, había construido con leyes de arcana sabiduría esta mansión mundana que vemos, augustísimo templo de la divinidad.

Había embellecido la región supraceleste con inteligencia, avivado los etéreos globos con almas eternas, poblado con una turba de animales de toda especie las partes viles y fermentantes del mundo inferior. Pero, consumada la obra, deseaba el artífice que hubiese alguien que comprendiera la razón de una obra tan grande, amara su belleza y admirara la vastedad inmensa. Por ello, cumplido ya todo (como Moisés y Timeo lo testimonian) pensó por último en producir al hombre.⁵

Entre los arquetipos, sin embargo, no quedaba ninguno sobre el cual modelar la nueva criatura, ni ninguno de los tesoros para conceder en herencia al nuevo hijo, ni sitio alguno en todo el mundo donde residiese este contemplador del universo. Todo estaba distribuido y lleno en los sumos, en los medios y en los ínfimos grados.⁶ Pero no hubiera sido digno de la potestad paterna el decaer ni aun casi exhausta, en su última creación, ni de su sabiduría el permanecer indecisa en una obra necesaria por falta de proyecto, ni de su benéfico amor que aquél que estaba destinado a elogiar la munificencia divina en los otros estuviese constreñido a lamentarla en sí mismo.

Estableció por lo tanto el óptimo artífice que aquél a quien no podía dotar de nada propio le fuese común todo cuanto le había sido dado separadamente a los otros. Tomó por consiguiente al hombre así construido, obra de naturaleza indefinida y, habiéndolo puesto en el centro del mundo, le habló de esta manera:

“Oh Adán, no te he dado ni un lugar determinado, ni un aspecto propio, ni una prerrogativa peculiar con el fin de que poseas el lugar, el aspecto y la prerrogativa que conscientemente elijas y que de acuerdo con tu intención obtengas y conserves. La naturaleza definida de los otros seres está constreñida por las precisas leyes por mí prescritas. Tú, en cambio, no constreñido por estrechez alguna, te la determinarás según el arbitrio a cuyo poder te he consignado. Te he puesto en el centro del mundo para que más cómodamente observes cuanto en él existe. No te he hecho ni celeste ni terreno, ni mortal ni inmortal, con el fin de que tú, como árbitro y soberano artífice de tí mismo, te informases y plasmas en la obra que prefirieses. Podrás degenerar

en los seres inferiores que son las bestias, podrás regenerarte, según tu ánimo en las realidades superiores que son divinas”.

¡Oh suma libertad de Dios padre, oh suma y admirable suerte del hombre al cual le ha sido concedido el obtener lo que desee, ser lo que quiera!

Las bestias en el momento mismo en que nacen, sacan consigo del vientre materno, como dice Lucilio⁷, todo lo que tendrán después. Los espíritus superiores, desde un principio o poco después, fueron lo que serán eternamente. Al hombre, desde su nacimiento, el Padre le confirió gérmenes de toda especie y gérmenes de toda vida. Y según como cada hombre los haya cultivado, madurarán en él y le darán sus frutos. Y si fueran vegetales, será planta; si sensibles, será bestia; si racionales, se elevará a animal celeste; si intelectuales, será ángel o hijo de Dios,⁸ y, si no contento con la suerte de ninguna criatura, se repliega en el centro de su unidad, transformado en un espíritu a solas con Dios en la solitaria oscuridad del Padre, él, que fue colocado sobre todas las cosas, las sobrepujará a todas.

¿Quién no admirará a este camaleón nuestro? O, más bien, ¿quién admirará más cualquier otra cosa? No se equivoca Asclepio el ateniense, en razón del aspecto cambiante y en razón de una naturaleza que se transforma hasta a sí misma, cuando dice que en los misterios el hombre era simbolizado por Proteo. De aquí las metamorfosis celebrada por los hebreos y por los pitagóricos. También la más secreta teología hebraica, en efecto, transforma a Henoch ya en aquel ángel de la divinidad, llamado “malakhha - shekhinah”, ya, según otros en otros espíritus divinos⁹. Y los pitagóricos transforman a los malvados en bestias y, de dar fe a Empédocles, hasta en plantas¹⁰. A imitación de lo cual solía repetir Mahoma y con razón: “quien se aleja de la ley divina acaba por volverse una bestia”. No es, en efecto, la corteza lo que hace la planta, sino su naturaleza sorda e insensible; no es el cuerpo lo que hace la bestia de labor, sino el alma bruta y sensual; ni la forma circular del cielo, sino la recta razón, ni la separación del cuerpo hace el ángel, sino la inteligencia espiritual.

Por ello, si veis a alguno entregado al vientre arrastrarse por el suelo como una serpiente no es hombre ése que veis, sino planta. Si hay alguien esclavo de los sentidos, cegado como por Calipso por vanos espejismos de la fantasía y cebado por sensuales halagos, no es un hombre lo que veis, sino una bestia.¹⁰ Si hay un filósofo que con recta razón discierne todas las cosas, venéralo: es animal celeste, no terreno. Si hay un puro contemplador ignorante del cuerpo, aden-

trado por completo en las honduras de la mente, éste no es un animal terreno ni tampoco celeste: es un espíritu más augusto, revestido de carne humana.

¿Quién, pues, no admirará al **hombre**? A ese hombre que no erradamente en los sagrados textos mosaicos y cristianos es designado ya con el nombre de todo ser de carne, ya con el de toda criatura, precisamente porque **se forja, modela y transforma a sí mismo según el aspecto de todo ser y su ingenio según la naturaleza de toda criatura.**¹¹

Por esta razón el persa Euanthes, allí donde expone la teología caldea escribe: "el hombre no tiene una propia imagen nativa, sino muchas extrañas y adventicias". De aquí **el dicho caldeo**: "Enosh hu shinnujim vekammah tebhaoth baal haj", esto es, **el hombre es animal de naturaleza varia, multiforme y cambiante.**¹²

Pero ¿a qué destacar todo esto? Para que comprendamos, desde el momento que hemos nacido en la condición de ser lo que queramos, que nuestro deber es cuidar de todo esto: que no se diga de nosotros que, siendo en grado tan alto, no nos hemos dado cuenta de habernos vuelto semejantes a los brutos y a las estúpidas bestias de labor.¹³ Mejor que se repita acerca de nosotros el dicho del profeta Asaf: "Sois dioses, hijos todos del Altísimo".¹⁴ De modo que, abusando de la indulgentísima liberalidad del Padre, no volvamos nociva en vez de salubre esa libre elección que El nos ha concedido. Invada nuestro ánimo una sacra ambición de no saciarnos con las cosas mediocres, sino de anhelar las más altas, de esforzarnos por alcanzarlas con todas nuestras energías, dado que, con quererlo, podremos.

Desdeñemos las cosas terrenas, despreciemos las astrales y, abandonando todo lo mundano, **volemos a la sede ultramundana, cerca del pináculo de Dios.** Allí, como enseñan los sacros misterios, los Serafines, los Querubines y los Tronos ocupan los primeros puestos. También de estos emolumentos la dignidad y la gloria, incapaces ahora de desisttir e intolerantes de los segundos puestos. Con quererlo, no seremos inferiores a ellos. Pero ¿de qué modo? ¿Cómo procederemos? Observemos cómo obran y cómo viven su vida.

Si nosotros también la vivimos (y podemos hacerlo), habremos igualado ya su suerte. Arde el Serafín con el fuego del amor; fulge el Querubín con el esplendor de la inteligencia; está el trono en la solidez del discernimiento. Por lo tanto, si, aunque entregados a la vida activa, asumimos el cuidado de las cosas inferiores con recto discernimiento, nos afirmaremos con la solidez estable de los Tronos. Si,

libres de la acción, nos absorbemos en el ocio de la contemplación, meditando en la obra al Hacedor y en el Hacedor la obra, resplandeceremos rodeados de querubínica luz. Si ardemos sólo por el amor del Hacedor de ese fuego que todo lo consume, de inmediato nos inflamaremos en aspecto seráfico.

Sobre el Trono, vale decir, sobre el justo juez, está Dios, juez de los siglos. Por encima del Querubín, esto es, por encima del contemplante, vuela Dios que, como incubándolo, lo calienta. El espíritu del Señor en efecto, "se mueve sobre las aguas"¹⁵, esas aguas, digo, que están sobre los cielos y que, como está escrito en Job, alaban a Dios con himnos antelucanos¹⁶. El seráfico, esto es, amante, está en Dios y Dios está en él: Dios y él son uno solo.

Grande es la potestad de los Tronos y la alcanzaremos con el juicio; suma es la sublimidad de los Serafines y la alcanzaremos con el amor.

Pero ¿cómo se puede juzgar o amar lo que no se conoce? Moisés amó al Dios que vio y promulgó al pueblo, como juez, lo que primero había visto, en el monte. He aquí por qué, en el medio, está el Querubín con su luz quien nos prepara para la llama seráfica y, a la vez, nos ilumina el juicio de los Tronos.

Este es el nudo de las primeras mentes, el orden paládico¹⁷ que preside la filosofía contemplativa: esto es lo que primero debemos emular buscar y comprender para que así podamos ser arrebatados a los fastigios del amor y luego descender prudentes y preparados a los deberes de la acción. Pero si nuestra vida ha de ser modelada sobre la vida querubínica, el precio de tal operar es éste: tener claramente ante los ojos en que consiste tal vida, cuáles son sus acciones, cuáles sus obras. Siéndonos esto inalcanzable, somos carne y nos apetecen las cosas terrenas¹⁸, apoyémonos en los antiguos Padres, los cuales pueden ofrecernos un seguro y copioso testimonio de tales cosas, para ellos familiares y allegadas.

Preguntemos al apóstol Pablo, vaso de elección¹⁹, qué fue lo que hicieron los ejércitos de los querubines cuando él fue arrebatado al tercer cielo²⁰. Nos responderá como interpreta Dionisio²¹, que se purificaban, eran iluminados y se volvían finalmente perfectos.

También **nosotros**, pues, **emulando en la tierra de la vida querubínica, refrenando** con la ciencia moral **el ímpetu de las pasiones**, disipando la oscuridad mental con la dialéctica, **purifiquemos el alma**, limpiándola de las manchas de la ignorancia y del vicio, para

En el alma entonces, así compuesta y purificada, difundamos la luz de la filosofía natural, llevándola finalmente a perfección con el conocimiento de las cosas divinas.

Y para no restringirnos a nuestros Padres, consultemos al patriarca Job, cuya imagen resplandece esculpida en la sede de la gloria. El patriarca sapientísimo nos enseñará que mientras dormía en el mundo terreno, velaba en el reino de los cielos. Nos enseñará mediante un símbolo (todo se presentaba así a los patriarcas) que hay escalas que del fondo de la tierra llegan al sumo cielo, distinguidas en una serie de muchos escalones: en la cúspide se sienta el Señor, mientras los ángeles contempladores alternativamente suben y bajan²². Y si nuestro deber es hacer lo mismo imitando la vida de los ángeles, ¿quién osará, pregunto, tocar las escalas del Señor o con los pies impuros o con las manos mal limpias? Al impuro según los misterios, le está vedado tocar lo que es puro.

Pero, ¿qué son estos pies y estas manos? Sin duda el pie del alma es esa parte vilísima con que se apoya en la materia como en el suelo: y yo la entiendo como el instinto que alimenta y ceba, pábulo de libido y maestro de sensual blandura. ¿Y por qué llamaremos manos del alma a lo irascible que, soldado de los apetitos por ellos combate y rapaz, bajo el polvo y el sol, pilla lo que el alma habrá de gozar adormilándose en la sombra? Para no ser expulsados de la escala como profanos e inmundos, estos pies y estas manos, esto es, toda la parte sensible en que tienen sede los halagos corporales que, como suele decirse, aferran el alma por el cuello²³, lavemos con la filosofía moral, como en agua corriente.

Pero tampoco bastará esto para volverse compañero de los ángeles que deambulan por la escala de Jacob si primero no hemos sido bien instruidos y habilitados para movernos con orden, de escalón en escalón, sin salir nunca de la rampa de la escala, sin estorbar su tránsito. Cuando hayamos conseguido esto con el arte discursivo y racionante y ya animados por el espíritu querúbico, filosofando según los escalones de la escala, esto es, de la naturaleza, y escrutando todo desde el centro y enderezando todo al centro, ora descendemos, desmembrando con fuerza titánica lo uno en lo múltiple, como Osiris, ora nos elevaremos reuniendo con fuerza apolínea lo múltiple en lo uno como los miembros de Osiris hasta que, posando por fin en el seno del Padre, que está en la cúspide de la escala, nos consumaremos en la felicidad teológica.

Y preguntemos al justo Job, que antes de ser traído a la vida

hizo un pacto con el Dios de la vida, qué es lo que el Sumo Dios prefiere sobre todo en esos millones de ángeles que están junto a él²⁴. “La paz”, responderá seguramente, según lo que se lee en su propio libro: “(Dios es) Aquél que hace la paz en lo alto de los cielos²⁵”. Y puesto que el orden medio interpreta los preceptos del orden superior para los inferiores, las palabras del teólogo Job nos sean interpretadas por el filósofo Empédocles. Este, como lo testimonian sus cármenes, simboliza con el odio y con el amor, esto es, con la guerra y con la paz, las dos naturalezas de nuestra alma, por las cuales somos levantados al cielo o precipitados a los infiernos. Y él, arrebatado en esa lucha y discordia, a semejanza de un loco, se duele de ser arrastrado al abismo, lejos de los dioses²⁶.

Sin duda, oh Padres, múltiple es la discordia en nosotros; tenemos graves luchas internas peores que las guerras civiles²⁷. Si queremos huir de ellas, si queremos obtener esa paz que nos lleva a lo alto entre los elegidos del Señor, sólo la filosofía moral podrá tranquilizarlas y componerlas. Si, sobre todo, nuestro hombre establece tregua con sus enemigos y frena los descompuestos tumultos de la bestia multiforme y el ímpetu, el furor y el asalto del león. Entonces, si más solícitos de nuestro bien, deseamos la seguridad de una paz perpetua, ésta vendrá y colmará abundantemente nuestros votos: muertas la una y la otra bestia, como víctimas inmoladas, quedará sancionado entre la carne y el espíritu un pacto inviolable de paz santísima. La dialéctica calmará los desórdenes de la razón tumultuosamente mortificada entre las pugnas de las palabras y los silogismos capciosos. La filosofía natural tranquilizará los conflictos de la opinión y las disensiones que trabajan, dividen y laceran de diversos modos el alma inquieta. Pero los tranquilizará de modo de hacernos recordar que la naturaleza, como ha dicho Heráclito²⁸, es engendrada por la guerra y por eso llamada por Homero “contienda”.

Por eso no puede darnos verdadera quietud y paz estable, don y privilegio, en cambio, de su señora, la santísima teología. Esta nos mostrará la vía hacia la paz y nos servirá de guía, y la paz viendo de lejos que nos aproximamos, “Venid a mí”, gritará, “vosotros que estáis cansados, venid y os restauraré venid a mí y os daré la paz que el mundo y la naturaleza no puede daros”²⁹.

Tan suavemente llamados, tan benignamente invitados, con alados pies como terrenos Mercurios, volando hacia el abrazo de la beatísima madre, la ansiada paz gozaremos; paz santísima, indis-

luble unión, amistad unánime por la cual todos los seres animados no sólo coinciden en esa Mente única que está por encima de toda mente, sino que de un modo inefable se funden en uno sólo. Esta es la amistad que los pitagóricos llaman **el fin de toda la filosofía**, ésta **la paz que Dios actúa** en sus cielos y que los ángeles que descendieron a la tierra anunciaron **a los hombres de buena voluntad** para que también los hombres, ascendiendo al cielo por ella, se volviesen ángeles³⁰.

Esta paz auguremos a los amigos, auguremos a nuestro siglo, auspiciemos en toda casa en que entremos, invoquémosla para nuestra alma para que **el alma se vuelva así morada de Dios**, para que, expulsada la impureza con la moral y con la dialéctica se adorne con toda la filosofía como con áulico ornamento, corone el frontón de las puertas con la diadema de la teología, de modo que así descienda sobre ella el Rey de la gloria y, viniendo con el Padre, ponga mansión con ella. Y si el alma se ha hecho digna de tal huésped, ya que la bondad de El es inmensa, revestida de oro como de vestenupcial y de la múltiple variedad de las ciencias, acogerá el magnífico huésped no ya como huésped, sino como a esposo y, con tal de no ser de El separada, deseará apartarse de su gente y, olvidada de la casa de su padre y hasta de sí misma, ansiará morir para vivir en el esposo a cuya vista es preciosa la muerte de los santos³¹. Muerte he dicho, si muerte puede llamarse esa plenitud de vida cuya meditación de los sabios dijeron que era el estudio de la filosofía³².

Y también invocamos a Moisés, en poco inferior a esa rebosante plenitud de sacrosanta e inefable inteligencia con cuyo néctar los ángeles se embriagan. Oiremos al juez venerando dictarnos así leyes, a nosotros que habitamos en la desierta soledad del cuerpo: "Aquéllos que, aún impuros, necesiten de la moral, habiten con el vulgo fuera del tabernáculo, bajo el cielo descubierto como los sacerdotes tesalios, hasta que estén purificados. Aquéllos, en cambio, que ya compusieron sus costumbres, acogidos en el santuario, no toquen todavía las cosas sagradas, sino, a través de un noviciado dialéctico, como celosos levitas, presten servicio en los sagrados oficios de la filosofía. Admitidos al fin también ellos, contemplan, en el sacerdocio de la filosofía, ya el multicolor, es decir, sidéreo ornamento del palacio de Dios, ya el celeste candelabro de siete llamas, ya los pelíceos elementos, para que, acogidos finalmente en las pro-

apartado todo velo de imágenes, de la gloria de la divinidad"³³. Esto ciertamente nos ordena Moisés y, ordenando así, nos aconseja, nos incita y nos exhorta a prepararnos por medio de la filosofía, mientras podamos, el camino de la futura gloria celeste.

¶ Pero no sólo los misterios mosaicos y los misterios cristianos, sino asimismo la teología de los antiguos nos muestra el valor y la dignidad de estas artes liberales de las cuales he venido a discutir. ¿Qué otra cosa quieren significar, en efecto, en los misterios de los griegos los grados habituales de los iniciados, admitidos a través de una purificación obtenida con la moral y la dialéctica, artes que nosotros consideramos ya artes purificadoras? ¿Y esa iniciación, qué otra cosa puede ser sino la interpretación de la más oculta naturaleza mediante la filosofía?

Y finalmente, cuando estaban así preparados, sobrevénia la famosa epopteia³⁴, vale decir, la inspección de las cosas divinas mediante la luz de la teología. ¿Quién no desearía ser iniciado en tales misterios? ¿Quién, desechando toda cosa terrena y despreciando los bienes de la fortuna, olvidado del cuerpo, no deseará, todavía peregrino en la tierra, llegar a comensal de los dioses y, rociado del néctar de la eternidad, recibir, criatura mortal, el don de la inmortalidad? ¿Quién no deseará estar así inspirado por aquella divina locura socrática, exaltada por Platón en el *Fedro*³⁵, ser arrebatado con rápido vuelo a la Jerusalem celeste, huyendo con el batir de las alas y de los pies de este mundo, reino maligno?

¡Oh sí, que nos arrebaten, oh padres, que nos arrebaten los socráticos furores sacándonos fuera de la mente hasta el punto de ponernos a nosotros y a nuestra mente en Dios!

Y ciertamente que por ellos seremos arrebatados si antes hemos cumplido todo cuanto está en nosotros; si con la moral, en efecto, han sido refrenados hasta sus justos límites los ímpetus de las pasiones, de modo que éstas se armonicen recíprocamente con estable acuerdo: si la razón procede ordenadamente mediante la dialéctica, nos embriagaremos, como excitados por las Musas, con la armonía celeste. Entonces Baco, señor de las Musas, manifestándose a nosotros, vueltos filósofos, en sus misterios, esto es, en los signos visibles de la naturaleza³⁶, los invisibles secretos de Dios, nos embriagará con la abundancia de la mansión divina en la cual, si somos del todo fieles como Moisés, la sobreviviente santísima teología nos animará con dúplice furor.

medida de lo eterno las cosas que son, que fueron y que serán, y observando en ellas la original belleza, cual febeos vates, sus amadores alados, hasta que, puestos fuera de nosotros en un indecible amor, poseídos por un estro y llenos de Dios como Serafines ardientes, ya no seremos más nosotros mismos, sino Aquél que nos hizo.

Los sacros nombres de Apolo, si alguien escruta a fondo sus significados y los misterios encubiertos, demuestran suficientemente que este dios era filósofo no menos que poeta. Pero habiendo ya copiosamente ilustrado esto Ammonio ³⁷, no hay razón para que yo lo trate de otra manera. Recordemos, no obstante, oh padres, los tres preceptos délficos indispensables a aquéllos que están por entrar en el sacrosanto y augustísimo templo, no del falso sino del verdadero Apolo que ilumina toda alma que viene a este mundo ³⁸: veréis que no reclaman otra cosa que no sea abrazar con todas nuestras fuerzas aquella triple filosofía sobre la que ahora discutimos.

En efecto, aquel *medén agan*, esto es, “nada con exceso” prescribe rectamente la norma y la regla de toda virtud según el criterio del justo medio, del cual trata la moral. Y el famoso *gnothi seautón*, esto es, “conócete a tí mismo” incita y exhorta al conocimiento de toda la naturaleza, de la cual el hombre y como connubio ³⁹. Quien, en efecto, se conoce a sí mismo, todo en sí mismo conoce, como ha escrito primero Zoroastro y después Platón en el *Alcibiades* ⁴⁰. Finalmente, iluminados en tal conocimiento por la filosofía natural, próximos ahora a Dios y pronunciando el saludo teológico EI, esto es, “Tú eres”, llamaremos al verdadero Apolo familiar y alegremente.

Interrogaremos también al sapientísimo Pitágoras, sabio sobre todo por no haberse nunca considerado digno de tal nombre. Nos prescribirá en primer lugar, “no sentarnos sobre el celemín”, esto es, no dejar inactiva aquella parte racional con la cual el alma mide todo, juzga y examina, sino dirigirla y mantenerla pronta con el ejercicio y la regla de la dialéctica. Nos indicará luego dos cosas que hay que primero evitar: “orinar de frente al Sol” y “cortarnos las uñas durante el sacrificio”. Sólo cuando con la moral hayamos expulsado de nosotros los apetitos superfluos de la voluntad y hayamos despuntado las garras ganchudas de la ira y los agujones del ánimo, sólo entonces empezaremos a intervenir en los sagrados misterios de Baco, de los cuales hemos hablado, y a dedicarnos a la contemplación de la cual el Sol es merecidamente reputado padre y señor. Nos aconsejará, en fin, “alimentar el gallo”, de saciar con el alimento y la celeste ambrosía de las cosas divinas la parte divina de nuestra alma ⁴¹. Es

éste el gallo cuyo aspecto teme y respeta el león, esto es toda potestad terrena. Es éste el gallo al cual según Job fue dada la inteligencia ⁴². Al canto de este gallo se orienta el hombre extraviado. Este es el gallo que canta cada día al alba, cuando los astros matutinos alaban al Señor. Este es el gallo que Sócrates moribundo, en el momento en que esperaba reunir lo divino de su alma con la divinidad del Todo y ya lejos del peligro de enfermedad corpórea dijo ser deudor a Esculapio, o sea, el médico de las almas ⁴³.

Examinemos también los documentos de los caldeos y, si les damos fe, encontraremos que en virtud de las mismas artes se abre a los mortales la vía de la felicidad. Escriben los intérpretes caldeos que fue sentencia de Zoroastro que el alma era alada y que, al caerse las alas, se precipita al cuerpo y vuelve a volar al cielo cuando de nuevo le crecen ⁴⁴. Habiéndole preguntado los discípulos de qué modo podrían volver al alma apta para el vuelo, con las alas bien emplumadas, respondió: “rociad las alas con las aguas de la vida”. Y habiéndole preguntado a su vez dónde podrían alcanzar estas aguas, les respondió, según su costumbre, con una parábola: “El paraíso de Dios está bañado e irrigado por cuatro ríos: alcanzad allí las aguas salvadoras. El nombre del río que corre en el Septentrión se dice *Pischoñ*, que significa *justicia*; el del ocaso tiene por nombre *Dichon*, vale decir, *expiación*; el de oriente se llama *Chiddekel* y quiere decir *luz*, y el que corre, en fin, a mediodía se llama *Perath* y se puede interpretar *fe* ⁴⁵. Fijaos, oh padres, y considerad con atención el significado de estos dogmas de Zoroastro. No significan, ciertamente, sino que purifiquemos la legajosidad de los ojos con la ciencia moral, como con ondas occidentales; que con la dialéctica, como un nivel boreal, fijemos atentamente la mirada; que luego debemos habituarnos a soportar en la contemplación de la naturaleza de la luz todavía débil de la verdad, como primer indicio del sol naciente; hasta que, por último, mediante la piedad teológica y el santísimo culto de Dios, podamos resistir vigorosamente, como águilas del cielo, el fulgurante esplendor del sol a mediodía.

Estos son, acaso, los conocimientos matutinos, meridianos y vespertinos cantados primero por David y después explicados más ampliamente por Agustín ⁴⁶. Esta es la luz esplendente que inflama directa a los Serafines y que al par ilumina a los Querubines. Esta es la razón a que siempre tendía el padre Abraham. Este es el lugar donde, según la enseñanza de los cabalistas y los moros, no hay sitio para los espíritus inmundos.

Y si es lícito manifestar en público algo de los más secretos misterios, aunque sea en forma alegórica, ya que la súbita caída del cielo ha condenado al vértigo la cabeza del hombre, puesto que, según las palabras de Jeremías⁴⁷, fueron abiertas las ventanas de la muerte que ha contaminado el corazón y el sentimiento del hombre, invoquemos a Rafael, Médico celeste, para que nos libre con la moral y con la dialéctica, fármacos salutaris. Albergará entonces en nosotros, restablecidos en buena salud, Gabriel, fuerza de Dios, quien, mostrándonos por doquiera, a través de todos los milagros de la naturaleza, la bondad y la potencia de Dios, nos presentará finalmente a Miguel, sumo sacerdote, quien, habiendo militado nosotros en la filosofía, nos coronará, como con coronas de piedras preciosas, con el sacerdocio de la Teología.

Estas son las razones, venerados padres, que no sólo me alentaron, sino que me impulsaron al estudio de la filosofía. No las habría expuesto, por cierto, si no debiera responder a cuantos suelen condenar el estudio de la filosofía, sobre todo en los príncipes o en aquellos que en general gozan de cierta fortuna. Todo este filosofar, en efecto, es más bien razón de desprecio y de afrenta (tanta es la miseria de nuestro tiempo) que de honor y de gloria. Y esta perniciosa y monstruosa convicción ha invadido a tal punto la mente de casi todos que, según ellos, sólo poquísimos o nadie debiera filosofar. ¡Cómo si el investigar y el tener siempre ante la mente los problemas de las causas, de los procesos de la naturaleza, de la razón del universo, de las leyes divinas, de los misterios de los cielos y de la tierra no valiese nada, a menos de obtenerse de ello una utilidad o una ganancia! Hemos llegado a tal punto (¡y bien doloroso!) que no se considera sabios sino a aquellos que hacen fuente de ganancia el estudio de la sabiduría, de modo que se puede ver a la púdica Palas, residente entre los hombres por don divino, expulsada, ridiculizada y vilipendiada. No hay quien la ame, que la secunde, sino es con pacto de prostituirse y de traer ganancia con su violada virginidad y, recibido el dinero, que ponga en el cofre del rufián el mal obtenido dinero.

Digo todo esto —y no sin grandísimo dolor e indignación— no ya contra los príncipes, sino contra los filósofos de nuestro tiempo, quienes creen y predicán que no se debe filosofar porque no se han establecido premios y recompensas para los filósofos; ¡cómo si con este pacto se mostraran no ser filósofos! Toda su vida, en efecto, estando

puesta al servicio del lucro y de la ambición, no abrazan el conocimiento de la verdad por sí misma.

Al menos se me concederá, al menos no enrojeceré ser elogiado por ello, que nunca he filosofado sino por el amor a la pura filosofía; ni he esperado ni he buscado nunca en mis estudios y en mis meditaciones ninguna merced ni ningún fruto que no fuese la formación de mi alma y el conocimiento de la verdad, por mí supremamente ansiada.

He sido siempre amante tan apasionado de la verdad que, dejada toda preocupación de los asuntos privados y públicos, me he dedicado entero a la paz contemplativa. De ésta ni las calumnias de envidiosos ni los dardos malignos de los enemigos han podido hasta aquí ni podrán nunca apartarme. Ha sido la filosofía quien me ha enseñado a depender de mi sola conciencia más que de los juicios de los otros y estar atento siempre no al mal que se dice de mí, sino a no hacer o decir algo malo yo mismo.

No ignoraba por cierto, venerados padres, que esta discusión mía habría de resultar tan agradable y placentera a todos vosotros, promotores de las buenas artes que quisisteis honrarla con vuestra presencia, como gravosa y molesta a muchos otros. Bien sé que no falta quien ha condenado antes y que ahora condena en muchos modos esta iniciativa mía. Siempre ha sido así: las acciones buenas y santas tienen habitualmente críticos no más numerosos, pero tampoco más escasos, que las inicuas y viciosas.

Hay algunos que desapruaban por completo esta clase de discusiones y esta iniciativa mía de debatir en público cuestiones doctas afirmando que todo está enderezado más a hacer bella exhibición de ingenio y de doctrina que a obtener conocimiento. Hay otros que, aunque no desapruaban esta suerte de ejercicio, no la aprueban en absoluto en mi caso, con el motivo de que yo, a mi edad, esto es, apenas veinticuatro años he tenido la audacia de proponer una discusión sobre los misterios más altos de la Teología cristiana, sobre las doctrinas más profundas de la filosofía, sobre disciplinas ignotas, en una ciudad famosísima, en una amplísima reunión de hombres doctísimos, ante el Senado Apostólico. Estos, aunque consintiéndome que discuta, no admiten que yo lo haga sobre novecientos argumentos, diciendo que esto es tan superfluo y ambicioso como superior a mis fuerzas.

A las objeciones de éstos me habría pronto rendido si así me lo hubiese enseñado la filosofía que profeso. Ni ahora, por su enseñanza,

respondería, si considerara que esta discusión había sido promovida con el propósito de polemizar y altercar entre nosotros. Lejos de nuestro ánimo toda intención de litigio y de contienda, lejos esa envidia que según Platón, aparta del consenso de los dioses⁴⁸. Mejor examinemos amigablemente si es admisible que yo emprendiera esta disputa y discutiese acerca de tantas cuestiones.

A cuantos, en primer lugar, critican esta costumbre de discutir en público, no he de decirles muchas cosas, desde el momento que tal culpa, si culpa se la considera, no sólo es común a todos vosotros, doctores eximios, que muchas veces habéis asumido esta tarea no sin suma alabanza y gloria, sino a Platón, a Aristóteles, a todos los filósofos famosos de todos los tiempos. Los cuales tenían la convicción de que nada les era más favorable al logro de la verdad que buscaban que el ejercicio continuo y frecuente de la discusión. Así como se robustecen, en efecto, las fuerzas del cuerpo con la gimnástica, también, sin duda, en esta especie de palestra del espíritu, el vigor del alma se fortifica y endurece. Me inclino a creer que no otra cosa han querido entender los poetas con las famosas armas de Palas y los hebreos al llamar *barzel*, vale decir, "hierro", al símbolo de las serpientes, sino la oportunidad de tal clase de luchas para obtener la sabiduría, sino la necesidad de ellas para defenderla. Y acaso también por esto exigen los caldeos que en el nacimiento del destinado a ser filósofo Marte mire con aspecto trino a Mercurio, como si removidas estas conjunciones y resueltos estos contrastes, toda la filosofía hubiera de resultar tarda y soñolienta.

Más difícil me es la defensa con aquellos que me dicen inferior a la empresa: si, en efecto, me digo a su altura, seré tal vez digno de la acusación de inmodesto y de presuntuoso; si, en cambio, me confieso inferior, de la de temerario y de inconsulto.

Ved un poco en qué embarazo he caído, en qué situación me encuentro, ya que no puedo dejar de prometer lo que luego no puedo dar sin reproche. Acaso podría citar lo de Job⁴⁹: *El espíritu está en todos* y escuchar a Timoteo⁵⁰: *nadie desprecie tu juventud*. Pero de modo más sincero y según mi conciencia, diré que en mí no hay nada de grande ni de singular. Aún admitiendo ser estudioso y ansioso de las buenas artes, sin embargo no pretendo ni me arrogo el nombre de docto. Por lo cual, si me he impuesto una tarea tan gravosa, no ha sido inconsciente de mi debilidad, sino porque sabía que ser vencido en esta suerte de batallas doctrinarias es un provecho. Por esto ocurre que el más débil debe no sólo no evitarlas, sino buscarlas con

empeño y por propia iniciativa, ya que aquel que sucumbe recibe no un daño sino una ventaja, porque vuelve a casa más rico, esto es, más avezado y docto para futuras batallas. Animado de tal esperanza, yo, débil soldado, no he tenido ningún temor de afrontar tan peligrosa batalla con combatientes aguerridísimos y entre todos los más valerosos. Si mi empresa ha sido o no temeraria, podrá considerárselo mejor por el resultado del combate que por mi edad.

Me queda en tercer lugar, responder a aquellos que están ofendidos por el número grandísimo de las tesis propuestas, como si el peso de ellas gravitase sobre sus espaldas y no fuera yo, en cambio, quien debe soportar tal fatiga, por pesada que sea. Pero en verdad, es inconveniente y harto extraño el querer poner un límite a la obra ajena y, como dice Cicerón⁵¹, el querer exigir la mediocridad en aquello que tanto mejor es cuanto mayor sea. En suma, en una empresa tan grande se me impone o sucumbir o triunfar. Si me arriesgo, no veo por qué, si es digno de alabanza el acertar en diez argumentos, que se estime una culpa el hacerlo en novecientos. Si, en cambio, sucumbo, éstos, si me odian tendrán motivo de acusarme; si me aman, de excusarme. Que un joven de escaso ingenio y de exigua doctrina haya fracasado en una empresa tan grande y arriesgada, es más bien un hecho digno de perdón que de condena.

Así dice también el poeta "Por lo que si me faltaren las fuerzas, mi gloria estará en mi atrevimiento: en las empresas grandes basta con haberlas intentado"⁵². Que si en nuestro tiempo muchos que quieren imitar a Gorgias de Leontini han solido proponer disputas, no sin alabanzas, no sólo novecientas tesis, sino sobre todos los argumentos de todas las artes, ¿por qué no he de poder yo, sin incurrir en reproche, discutir sobre muchas, pero bien precisas y determinadas? Pero, replican, esto es superfluo y ambicioso. Yo, en cambio, he comprobado que no sólo no es superfluo, sino que para mí es necesario hacerlo: si éstos consideran conmigo la razón de filosofar, se verían compelidos a reconocer tal necesidad absoluta.

En efecto, aquellos que se han sumado a una escuela filosófica cualquiera, de Tomás por ejemplo, o de Scoto, que ahora son los que reúnen más adeptos, fundan su doctrina en la discusión de pocas cuestiones. Yo, en cambio, me he impuesto el principio de no jurar por la palabra de nadie, de frecuentar a todos los maestros de filosofía, de examinar todas las posiciones, de conocer todas las escuelas. Por ello encontrándome en la necesidad de hablar de todos los filósofos, para no parecer sostenedor de una sola tesis específica, como si es-

tuviera ligado a ella y descuidase las otras, las cuestiones por mí propuestas no podían ser sino muchas en conjunto, aunque pocas en lo atingente a cada uno. No se me quiera reprochar que “llego a fuera de viajero a cualquier ribera donde me lleve la tempestad”⁵³. Por todos los antiguos, en efecto, fue observada esta regla: que los estudiosos de toda suerte de escritores no descuidaran ningún escrito. Tal regla la observó en particular Aristóteles quien, por esta razón, era apodado *anagnostes*, vale decir, “lector”. Y es verdaderamente de mente angosta encerrarse en una sola escuela, sea ella la del Pórtico, sea la Academia. No puede por ello elegir con acierto entre todas la suya propia quien primero no ha examinado todas a fondo. Agrega que en toda escuela hay algo de insigne que no le es común con las otras. Y para comenzar con los nuestros, a los cuales ha llegado finalmente la filosofía, hay en Juan Scoto algo de vigoroso y de sutil; en Tomás, de sólido y de equilibrado; en Edigio, de terso y exacto; en Francisco, de penetrante y agudo; en Albertp, de antiguo, amplio e imponente; en Enrique, me parece, algo siempre sublime y venerado. Y entre los árabes hay en Averroes algo de seguro e indiscutible; en Avempace y en Alfarabi de grave y meditado; en Avicena, de divino y platónico.

Los griegos en general tienen, por sobre todo, una filosofía límpida y clara: rica y amplia en Simplicio, elegante y apretada en Temistio, coherente y docta en Alejandro de Afrodisia, ponderadamente elaborada en Teofrasto, ágil y agraciada en Ammonio. Y si te vuelves a los platónicos para hablar sólo de pocos, en Porfirio te deleitará la abundancia de los argumentos y la religiosidad compleja, en Jámblico venerarás la filosofía más secreta y los misterios primitivos, en Plotino no hay cosa que puedas preferir, porque todo se muestra admirable, porque habla divinamente de las cosas divinas, porque cuando hable de las cosas humanas supera a todos los hombres, a tal punto que con esfuerzo apenas si lo entienden los propios platónicos. Y omito los más recientes: Proclo, lujurante de fertilidad asiática, y de quien fluyeron Hermías, Damascio, Olimpodoro y muchos otros, en todos los cuales brilla siempre aquel *to theion*, esto es, “lo divino”, emblema característico de los platónicos⁵⁴.

Y si hay alguna escuela que combata las afirmaciones más verdaderas y escarnezca capciosamente las buenas causas de la inteligencia, ella refuerza y no debilita la verdad, como el viento al agitar la llama la alimenta, no la extingue.

Movido por esta razón, he querido presentar las conclusiones, no de una sola doctrina (como hubiera agradado a algunos) sino de

todas, de modo que de la confrontación de muchas escuelas y de la discusión de múltiples filosofías ese “fulgor de la verdad” de que habla Platón en las *Cartas*⁵⁵ resplandeciera en nuestras almas más claramente como sol naciente desde el cielo. ¿De qué hubiera valido tratar sólo la filosofía de los latinos, esto es, de Alberto, de Tomás, de Scoto, de Egidio, de Francisco, de Enrique, omitiendo la de los griegos y de los árabes, cuando todo conocimiento ha pasado de los bárbaros a los griegos y de los griegos a nosotros? ⁵⁶ Por eso, los nuestros han considerado siempre suficiente en el campo filosófico atenerse a los descubrimientos de los otros y a perfeccionar el pensamiento ajeno.

¿De qué valdría discutir de cuestiones naturales con los peripatéticos sin que interviniera también la Academia de los platónicos, cuya doctrina de las cosas divinas, según Agustín⁵⁷, ha sido siempre santísima entre todas las filosofías y ahora por primera vez, que yo sepa, que la envidia se aparte de estas palabras, ha sido llevada a un público debate? ¿De qué valdría además, haber discutido todas las opiniones ajenas, sentándonos al banquete de los sapientes como quien no paga escote si yo no hubiese aportado nada mío, nada producido y elaborado por nuestro ingenio?

Es verdaderamente poco digno, como afirma Séneca,⁵⁸ saber solamente por reflejo de los libros, como si los reflejos de los mayores hubieran cerrado la vía a nuestra obra, como si, agotada la fuerza de la naturaleza no pudiese engendrar algo que, aunque sin exhibir plenamente la verdad, la vislumbre de lejos. Que si el campesino odia la infecundidad del campo y el marido de la mujer, cierto es que la Mente divina odia tanto más a una alma infecunda atada y cautivada a sí misma cuando más noble sea la prole que de ella se desea. Por tales motivos, yo, insatisfecho con haber reunido además de las comunes muchas doctrinas de la antigua teología de Hermes Trimegisto, muchas de las doctrinas de los caldeos y de Pitágoras, muchos de los más escondidos misterios de los hebreos, hemos propuesto también a la discusión muchísimos argumentos encontrados y elaborados por nosotros, referentes a las cosas naturales y divinas.

Hemos propuesto ante todo, el acuerdo entre Platón y Aristóteles, ya antes sostenido por muchos, pero por ninguno suficientemente probado. Boecio, entre los latinos, que había prometido hacerlo⁵⁹, no consta que cumpliera lo que quiso hacer siempre. Simplicio, entre los griegos, que había sostenido lo mismo,⁶⁰ ojalá hubiera cumplido su promesa, también Agustín, en el libro *Contra los Académicos*,⁶¹ escribe que no faltaron muchos que intentaron probar tal cosa en sus

sutilísimas argumentaciones, esto es, que la filosofía de Platón y la de Aristóteles son la misma filosofía. Igualmente Juan Gramático⁶² dice que Platón difiere de Aristóteles sólo para aquellos que no comprenden las palabras de Platón, pero ha dejado la demostración a los sucesores.

Hemos agregado también varias tesis en las cuales afirmamos que los pareceres considerados discordes de Scoto y de Tomás, de Averroes y de Avicena, son, en cambio, coincidentes. Hemos propuesto luego las conclusiones halladas por nosotros, sea sobre la filosofía platónica, sea sobre la aristotélica y de aquí setenta y dos nuevas tesis físicas y metafísicas que una vez demostradas permitirán a cualquiera, si no me engaño, lo cual pronto me será manifiesto, resolver cualquier cuestión propuesta natural y teológica con muy otro criterio que el enseñado en las escuelas y usado por los filósofos de nuestro tiempo. Y que nadie se maraville, oh padres, que, yo, joven en años y de edad inmadura, en la cual como algunos insinúan, apenas si se puede leer las disertaciones de los otros, quiera proponer una nueva filosofía. Más bien, que se alabe si sé defenderla, que se la condene si se la demuestra falsa. En fin, que aquéllos que habrán de juzgar estos descubrimientos y escritos míos, cuenten no los años del autor, sino los méritos y deméritos de la obra.

Hay también además de las nuevas tesis propuestas, otro procedimiento filosófico basado en los números, retomado por nosotros, aunque bien antiguo, puesto que fue seguido por los primeros teólogos, especialmente por Pitágoras, por Aglaofemo, por Filolao, por Platón, y por los platónicos antiguos.⁶³ Tal doctrina, como cosas ilustres, se ha extinguido a tal punto por incuria de los sucesores que apenas si se encuentra traza de ella.

Escribe **Platón** en el *Epinomis*⁶⁴ que la ciencia del numerar es entre las artes liberales y las ciencias del contemplar excelente y altamente divina. Y, preguntándose por qué el hombre es el más sapiente de los animales, responde: porque sabe numerar. Es ésta una sentencia que también Aristóteles recuerda en los *Problemas*.⁶⁵ Escribe Abumasar que fue opinión de Avenzoar el babilonio que “todo lo sabe el que sabe numerar”. Lo cual de ningún modo podría ser verdadero si por el arte de numerar se entendiera el arte del cómputo en que ahora son peritos sobre todo los mercaderes. Y esto lo confirma también Platón cuando nos amonesta no confundir esta aritmética divina con la aritmética mercatoria.⁶⁶ Después de largas reflexiones, considerando, pues, haber examinado a fondo esta aritmética tan

exaltada y pronto a afrontar la discusión, he tomado el empeño de responder públicamente, mediante los números a setenta y cuatro cuestiones, reputadas principalmente entre la física y las divinas.

Hemos propuesto también teoremas mágicos, en los cuales hemos sostenido que la magia es doble, fundándose la una exclusivamente en las obras y la autoridad de los demonios, cosa del todo execrable y monstruosa; la otra en cambio, si bien se la considera, no es sino la consumación absoluta de la filosofía natural. Los griegos, teniendo presente la una y la otra indican la primera, no considerándola de ningún modo digna del hombre de magia, con el vocablo *goeteian*; a la segunda en cambio, la llaman con el propio y peculiar nombre de *mágeian*, como perfecta y suprema sabiduría. Como dice, en efecto, Porfirio en lengua persa “mago” tiene el mismo significado que entre nosotros “intérprete y cultor de las cosas divinas”.⁶⁷ Grande entonces y aún grandísima, oh padres, es la disparidad y diferencia entre estas artes. La primera es condenada y execrada no sólo por la religión cristiana, sino por todas las leyes, por todo estado bien ordenado. La segunda, en cambio, la aprueban y abrazan todos los sabios, todos los pueblos amantes de las cosas celestes y divinas. Aquella es más fraudulenta entre todas las artes; ésta es firme, digna de fe y sólida. Cualquiera que practicó aquella, lo disimuló siempre, porque habría acarreado ignominia y daño al autor; en el ejercicio de ésta, por el contrario, en la antigüedad y casi siempre después, se buscó suma celebridad y gloria en las letras. Aquella no tuvo nunca por estudioso al filósofo y al hombre deseoso de aprender las buenas artes; para aprender ésta, Pitágoras, Empédocles, Demócrito y Platón recorrieron los mares y, al retorno, le enseñaron y la tuvieron como arte suprema en sus misterios.⁶⁸

Aquella en tanto que no garantizada por razón alguna, no es por ello aprobada por ninguna autoridad; ésta, como ennoblecida por ilustres genitores, tiene sobre todo dos cultores, Xalmoxis, que fue iniciado por Abaris el hiperbóreo, y Zoroastro, no aquél en quien acaso pensáis, sino el hijo de Oromasio.⁶⁹ En qué consiste la magia de ellos lo dirá, si lo interrogamos, Platón en el *Alcibiades*: la magia de Zoroastro no era sino la ciencia de las cosas divinas, que los reyes persas enseñaban a sus hijos para que aprendieran a regir el propio Estado según el ejemplo del orden del mundo.⁷⁰ Nos responderá en el *Cármides* que la magia de Xalmoxis es la medicina del alma con que se logra la templanza interior, así como la otra la salud del cuerpo.⁷¹

En las huellas de los dichos perseveraron Carondas, Damigeron

Apolonio, Ostanes, Dárdano.⁷² La siguió Homero quien, como demostraremos un día en nuestra *Teología Poética*, simbolizó en el viaje de su Ulises, como a todas las otras ciencias, también a ésta.⁷³

Los siguieron Eudoxo y Hermipo.⁷⁴ Los siguieron casi todos aquellos que investigaron a fondo los misterios pitagóricos y platónicos. Entre los modernos que la abordaron, encuentro tres: el árabe Alkindi, Rogelio Bacon y Guillermo de París.⁷⁵ La recuerda también Plotino⁷⁶ donde demuestra que el mago es ministro y no artífice de la naturaleza; aquel hombre sapientísimo aprueba tal clase de magia y la sostiene, mientras en cambio, aborrece a tal punto la otra que, invitado a los ritos de los malos espíritus, respondió que era mejor que ellos fueran a él y no él a ellos.⁷⁷ Como que aquélla, en efecto, hace al hombre súbdito y esclavo de los poderes del mal, así como ésta lo hace príncipe y señor de ellos. Aquélla no puede reivindicar ni el nombre de arte ni el nombre de ciencia; ésta, llena de misterios profundísimos, abraza la más alta contemplación de las cosas más secretas y, finalmente, el conocimiento entero de la naturaleza. Ésta, como trayendo de las profundidades a la luz las benéficas fuerzas dispersas y diseminadas en el mundo por la bondad de Dios, no tanto cumple milagros cuanto se pone al servicio de la naturaleza milagrosa. Ésta, perescrutando íntimamente el secreto acuerdo del universo, que los griegos llaman de modo más significativo *sympatheian*⁷⁸ habiendo explorado el mutuo vínculo de las cosas naturales, adaptando a cada una de las congénitas lisonjas que se llaman *iunges*,⁷⁹ esto es, encantamiento de los magos, lleva a luz, como si fuese ella misma el artífice, los milagros escondidos en las profundidades del mundo, en el seno de la naturaleza, en los misterios de Dios. Y como el campesino lo hace con los olmos y las vides, así el mago desposa la tierra y el cielo, esto es, las fuerzas del mundo inferior con las dotes y las propiedades superiores.

Se infiere que tanto como la primera magia aparece monstruosa y nociva, tanto la segunda se muestra divina y saludable. Sobre todo porque la una poniendo al hombre a merced de los enemigos de Dios, lo aleja de Dios, mientras que la otra lo excita a tal admiración de las obras del Señor que de ella derivan seguramente caridad cautivante, fe y esperanza.

Nada promueve más, en efecto, la religión y el culto de Dios que la constante contemplación de sus maravillas: cuando las hayamos examinado bien mediante esta magia natural de la cual tratamos,

del Artífice seremos impelidos a cantar: “lentos están los cielos, llena está la tierra de la majestad de tu gloria”.⁸⁰ Y basta ahora de magia, de la cual he hablado tanto porque sé que hay muchos que, como los perros que ladran siempre a lo desconocido, así también ellos condenan y odian lo que no comprenden.

Paso ahora a las cosas que, tomadas de los antiguos misterios de los hebreos he acarreado para confirmación de la sacrosanta y católica fe y con el fin de que no sean estimadas por aquéllos que las ignoran como vanidades, tonterías o fábulas de charlatanes; quiero que todos sepan a qué llevan, por cuáles ilustres autores son apoyados y cuán escondidas, cuán divinas, cuán necesarias son tales cosas para defender nuestra religión contra las importunas calumnias de los hebreos.

Escriben no sólo célebres doctores, sino entre los nuestros también Esdras, Hilario y Orígenes,⁸¹ que Moisés recibió en el monte no sólo aquella Ley que dejó a los sucesores puesta en cinco libros, sino también una secreta y veraz interpretación de ella. Y le fue ordenado por Dios que publicara la ley pero que la interpretación no la escribiese ni la divulgase y sólo la revelara a Josué⁸² y éste, después, por turno, a los otros sumos sacerdotes sucesivos, bajo absoluto y sagrado silencio. Era suficiente conocer mediante el simple relato de los hechos ya la potencia de Dios, ya su ira contra los malvados, ya la clemencia para con los buenos, su justicia para con todos. Bastaba ser educados por medio de preceptos divinos y saludables para una vida buena y feliz, para el culto de la verdadera religión. Pero revelar abiertamente a la plebe los misterios más secretos, escondidos bajo la corteza de la Ley y ocultos bajo la tosca vestidura de las palabras, exponer los sublimes arcanos de Dios. ¿Qué hubiera sido sino dar el sacramento a los perros y arrojar las perlas a los cerdos?⁸³

Mantener, pues, todo esto oculto al vulgo, comunicarlo sólo a los perfectos, a los únicos entre los cuales afirma Pablo pronunciar palabras de sabiduría,⁸⁴ fue obra no de prudencia humana sino divina. Y los antiguos filósofos observaron escrupulosamente tal costumbre. Pitágoras no escribió sino poquísimas cosas que al morir confió a su hija Damo. Las esfinges, esculpidas ante los templos egipcios, amonestaban que las enseñanzas místicas fueran custodiadas con los nudos de los enigmas, inviolables a la multitud profana. Platón escribiendo a Dionisio sobre las sustancias supremas, dice: “debo expre-

no ajena, no sea comprendido por otros lo que escribo”. Aristóteles decía que los libros de la *Metafísica* en que trata a las cosas divinas eran éditos e inéditos. ¿Qué más? Orígenes asevera que Jesucristo, maestro de vida, reveló a los discípulos muchas cosas que ellos no quisieron escribir para que no fueran conocidas del vulgo. Lo cual confirma sobre todo Dionisio Areopagita, quien dice que los misterios más secretos fueron transmitidos por los fundadores de nuestra religión *ek noui eis noun eis noun diá meson logon*, esto es, de mente a mente, sin escritos, sin intermediarios del Verbo.⁸⁵

Habiendo sido revelada de este modo, por mandato de Dios, aquella veraz interpretación de la ley comunicada a Moisés por Dios, ella fue llamada *cábala*, lo cual entre los hebreos significa lo mismo que para nosotros Tradición. Y esto por el hecho de que aquella doctrina era recibida no por medio de documentos literarios, sino por medio de revelaciones que el uno recibía del otro, como por derecho hereditario. No obstante, cuando los hebreos, liberados por Ciro de la cautividad babilónica y construido el templo bajo Zorobabel, pusieron su empeño en restaurar la Ley, el entonces cabeza de la iglesia, Esdras, después de haber corregido el libro de Moisés, viendo claramente que no se podía mantener la costumbre fijada por los padres de transmitir oralmente la doctrina en los exilios, las penalidades, las fugas, las prisiones del pueblo de Israel, dado que así habrían parecido los misterios, concedidos por Dios, de tal celeste doctrina, al no poder durar largamente la memoria de ella sin la interpretación de textos escritos, cada cual manifestase lo que tenía en la memoria de los misterios de la Ley. Estos misterios, llamados de los escribas, fueron transcriptos en setenta volúmenes, tanto cuantos eran entonces los sapientes en el Sanhedrín. Y porque esto debéis creérmelo sólo a mí, oíd a Esdras que dice así: “Pasados cuarenta días, el Altísimo habló diciendo: lo primero que has escrito, hazlo público y que lo lean los dignos y los indignos; pero conservarás los últimos setenta libros para confiarlos a los sapientes de tu pueblo; en ellos está la vena del intelecto, la fuente de sabiduría, un río de ciencia. Y así he hecho”. Así Esdras palabra por palabra.⁸⁶

Estos son los libros de la ciencia de la Cábala. En ellos con razón proclamó Esdras que estaba la vena del intelecto, esto es, la *inefable teología* de la supersustancial Divinidad; la *fuentes de la sabiduría*, esto es, la exacta metafísica de las formas inteligibles y angélicas, y el *río de la ciencia*, esto es, la solidísima filosofía de la naturaleza. Estos libros Sixto IV, sumo Pontífice, el inmediato

predecesor de Inocencio VIII bajo el cual felizmente vivimos, se esforzó con gran cuidado y celo en que fueran traducidos al latín para pública utilidad de nuestra fe. Y tres ya en el momento de su muerte, habían sido traducidos. Estos libros son hoy venerados entre los hebreos con tan religioso respeto que no puede tocarlos quien no haya cumplido los cuarenta años. Me los he procurado con no leve gasto, los he leído con suma diligencia e infatigable estudio: he visto en ellos —Dios me es testigo— no tanto la religión mosaica como la cristiana. He encontrado allí el misterio de la Trinidad, la Encarnación del Verbo, la divinidad del Mesías.

Sobre el pecado original, sobre la expiación de éste por medio de Cristo, sobre la Jerusalem celeste, sobre la caída de los demonios, sobre las órdenes angélicas, sobre el Purgatorio, sobre las penas del Infierno, he leído las mismas cosas que cada día leemos en Pablo y Dionisio, en Jerónimo y Agustín.

En lo que concierne a la filosofía, te parece oír sin más a Pitágoras y Platón, cuyas afirmaciones son tan afines a la fe cristiana que nuestro Agustín da grandísimas gracias a Dios por haberle caído en las manos los libros platónicos.⁸⁷

Concluyendo, no hay ningún argumento controvertido entre nosotros y los hebreos en que éstos no puedan ser combatidos y convencidos con los libros de los cabalistas, hasta el punto de no quedarles ni el rincón en qué esconderse. De lo cual tengo testigo atendibilísimo en Antonio Crónico, varón eruditísimo, quien en su casa oyó en un banquete, con sus propios oídos, a Dáctilo Hebreo, perito en tal ciencia, llegar en todo y por todo a las mismas conclusiones que los cristianos a propósito de Trinidad.

Pero, para volver al examen de los argumentos de mi disputa, he aportado también mi modo de interpretar los cármes de Orfeo y de Zoroastro. Orfeo se lee en los textos griegos casi integralmente, Zoroastro mutilado, pero más completo en los caldeos. Ambos son considerados padres y autores de la antigua sabiduría. Para callar, en efecto, acerca de Zoroastro recordado frecuentemente por los platónicos y siempre con suma veneración, Jámblico de Calcidia escribe que Pitágoras tuvo la teología órfica como modelo para plasmar y formar su filosofía⁸⁸. Precisamente por esto, por haber derivado de la iniciación órfica, las enseñanzas de Pitágoras son llamadas sagradas. De las instituciones órficas manó, como de su primera fuente, la secreta doctrina de los números y todo aquello que de grande y de sublime tuvo la filosofía griega. Pero, según la costumbre de los

teólogos antiguos, Orfeo revistió los misterios de sus dogmas con el velo de la fábula y los disimuló con alegorías poéticas, de modo que quien lee sus himnos puede creer que no pasan de fabulillas y divagaciones juguetonas.

He querido decirlo para que se sepa cuál ha sido mi fatiga, cuál la dificultad para sacar de la maraña de los enigmas, del velo de las fábulas, los significados de la secreta filosofía. Y estos sin el auxilio de otros intérpretes en una materia tan difícil, tan recóndita e inexplorada. Y, no obstante, esos canes han ladrado que yo he acumulado por mera ostentación minucias y tonterías, como si yo no hubiese propuesto todas las cuestiones más ambiguas y controvertidas sobre las cuales pelean las principales escuelas filosóficas, como si yo no hubiese propuesto cuestiones del todo ignoradas y nunca abordadas por esos mismos que me atacan y se reputan príncipes entre los filósofos.

Tan lejos estoy de tales culpas que he tratado de reducir la discusión al menor número posible de puntos. Que si hubiese querido, como acostumbra otros, dividir y desmenuzarla en sus miembros, ésta habría alcanzado un número innumerable de tesis. Para callar lo demás, ¿quién no sabe que una sola de las novecientas Tesis, a saber aquella sobre la concordancia de la filosofía de Aristóteles y de Platón, yo habría podido dividirla y sin ser mínimamente sospechoso de afectada prolijidad, en seiscientos puntos, para no decir más, enumerando separadamente todos los lugares en que los otros consideran que contrastan y yo, en cambio, pienso que están de acuerdo? Diré la verdad aunque no sea modesto de mi parte y contraríe mi índole, y la diré porque los envidiosos me obligan a decirlo y me obligan asimismo los calumniadores; yo he querido en esta asamblea mostrar no tanto que sé muchas cosas como que sé cosas que muchos ignoran.

Y para que esto lo muestren ahora los hechos, oh padres venerados, para que mi discurso no entretenga más vuestro deseo, excelentísimos doctores que veo, no sin gran placer, prontos y preparados en espera de la contienda, con augurio pronto y feliz, como al sonido de la trompa de guerra, vayamos a la liza.

NOTAS

¹ Ver estudio preliminar.

² ABDALA, es decir: Abb Allah. Livermore Forbes conjetura que se trata del primo de Mahoma. Pignagnoli considera que Pico se refiere a un escritor árabe de origen persa del siglo VIII.

³ *Asclepius*, 1, 6: "Por esta razón Asclepio, el hombre es una gran maravilla, un viviente digno de reverencia y de honor. Pues pasa a la naturaleza de un dios como si él mismo fuese un dios; está familiarizado con el género de los daimones, sabedor de que procede del mismo principio; menosprecia esa parte de su naturaleza que no es sino humana, porque ha puesto su esperanza en la divinidad de la otra parte: ¡Oh, de qué privilegiada mezcla está hecha la naturaleza del hombre! Está unido a los dioses por lo que tiene de divino, que lo emparenta con los dioses; la parte de su ser que lo hace terrestre la menosprecia dentro de sí; todos los demás vivientes a los que se sabe vinculado en el plan celestial los une así mediante el lazo del amor; él levanta sus miradas al cielo. Es, pues, tal su posición en este papel privilegiado de intermediario que ama a los seres que son inferiores a él, y es amado por los seres que le dominan. Cultiva la tierra, se mezcla con los elementos mediante la rapidez del pensamiento, con la agudeza de su mente baja a las profundidades del mar. Todo lo está permitido: el cielo no le parece demasiado alto porque lo mide como si estuviera muy cerca de él gracias a la sutileza de su espíritu. La mirada de su espíritu no es ofuscada por ninguna niebla del aire; la tierra no es nunca tan densa o compacta como para impedir su trabajo; la inmensidad de las profundidades marinas no turba su vista que se sumerge. El es a la vez todas las cosas, él está a la vez en todas partes". (trad. F. de P. Samaranch).

⁴ *Salmos*, 8, 6.

⁵ *Génesis*, 1, 1-31, 2, 1-4. Mientras la existencia histórica de los otros tres interlocutores del *Timeo*, Sócrates, Hermócrates y Critias, no ofrece dudas, lo único que sabemos acerca del personaje epónimo se reduce a lo que el propio diálogo nos dice. *Timeo*, 20^a: "Este *Timeo* a quien tenemos aquí, ciudadano de la tan civilizada ciudad de Locros en Italia, y que ciertamente no tiene nada que envidiar a aquellos ni por su fortuna ni por su nacimiento, que ha tenido parte en los más grandes cargos y en los más grandes honores de su patria, se ha elevado, al menos por lo que yo creo, a la cima de toda filosofía".

id. 27^a: "Considera, pues, Sócrates, la disposición que establecimos para el convite que vamos a ofrecerte. Nos ha parecido, en efecto, que *Timeo*, el mejor astrónomo entre nosotros y el que ha puesto más empeño y trabajo en penetrar la naturaleza del universo, debía hablar el primero y, partiendo del nacimiento del mundo, acabar en la naturaleza del hombre". (Trad. Samaranch).

Entre los siglos II y I a. de C. aparecieron diversas obras de neoplatón

investigación actual, debemos incluir un tratado puesto bajo la autoridad de Timeo de Locros. Su título griego es *Sobre el alma del mundo y la naturaleza* y recoge lo que considera esencial del diálogo platónico.

Se trata, rasgo general de esta literatura, de una obra que hoy llamaríamos de divulgación y en la cual lo que se ofrece no puede considerarse sino más como auténtico pitagorismo. Recordemos, de paso, que Platón en ningún momento dice que Timeo, el personaje sea un pitagórico, aunque tampoco deja de sugerirnos que viene de un ambiente imbuido de pitagorismo. De escaso valor filosófico estricto, el tratado *Sobre el alma* constituye, en cambio, un documento indispensable para comprender qué se entendía por cultura en amplios círculos de la sociedad helenística.

El *Sobre el alma del mundo* fue aceptado por los neoplatónicos y principalmente a través de esta corriente llega hasta los humanistas y, entre ellos, a Pico della Mirandola. El prestigio que éste concede a Timeo de Locros queda ampliamente exhibido al nombrarlo en el proemio del *Discurso* como personificación, digamos así, de la vertiente grecolatina de sus tesis junto a Abdala, vertiente musulmana, y a Moisés, prototipo de la vertiente hebrea.

De esta manera queda desde un principio perfilada la actitud abarcadora a partir de la cual, con creciente complejidad, se moverá el *Discurso* y cuyo sentido será recogido y perfilado en los párrafos finales.

El testimonio de Proclo, el último de los grandes comentaristas griegos de Platón y en quien termina uno de los períodos del neoplatonismo, ofrece un interés particularísimo. Su *Comentario al Timeo* se abre, precisamente, con la justificación de la necesidad metódica de una comparación entre el tratado de Timeo de Locros, considerado como obra del siglo V y por ello *precedente* del diálogo platónico, y el *Timeo*. Además aparece la referencia al "plagio" de Platón de vario origen y que remonta a una supuesta compra por Platón de libro de Filolao.

TIMEO DE LOCROS, *Sobre el alma del mundo* 99 ss.: "Acabado el Mundo, Dios formó a los animales mortales, con el objeto de que quedase completo. Es decir, pasa que fuese imagen perfecta y total de su modelo.

Tras haber compuesto el alma humana de los mismos elementos que el alma del Mundo y siguiendo la misma proporción, la hizo participar de la esencia de lo Diverso. Esta, subrogando a Dios para la formación de los animales efímeros y mortales, hizo entrar en ellos, como por infusión, almas tomadas en préstamo a la Luna, al Sol y a otras planetas que se mueven en la región de lo Diverso, pero añadiendo una parcela de la naturaleza de lo Mismo, parcela que mezcló a la parte razonable del alma para que fuese una imagen de la sabiduría de los hombres, que han recibido de ella su parte mejor. En efecto, hay en las almas humanas una parte razonable e inteligente, y otra sin razón ni inteligencia: lo que la parte razonable tiene de mejor le viene de la esencia de lo Mismo; lo que tiene de peor, de la esencia de lo Diverso. (...) Para que el animal esté en buen estado es preciso que el cuerpo tenga las cualidades que le son propias. Es decir, que tenga salud, sensibilidad, fuerza y hermosura. Lo que produce la hermosura es la armonía de las partes del cuerpo con las del alma, pues la Naturaleza ha dispuesto el cuerpo como instrumento que debe estar en armonía con todas las necesidades de la vida.

Al mismo tiempo, es preciso que, mediante una justa proporción, el alma posea virtudes análogas a las cualidades del cuerpo, y que en ella la templanza responda a la salud, la prudencia a la sensibilidad, el valor al vigor y a la fuerza, la justicia a la belleza. La Naturaleza nos proporciona los gérmenes de estas cualidades, pero es preciso desarrollarlos y perfeccionarlos mediante la cultura: los del cuerpo, en virtud de la gimnasia y de la medicina; los del alma, mediante la educación y la filosofía. Ello es lo que nutre y fortifica tanto al cuerpo como al alma. (...) La música y la filosofía que dirige a la música, establecidas por los dioses para el perfeccionamiento del alma, así como por las leyes, acostumbrar, exhortan, obligan a la parte irrazonable del alma a someterse a la parte razonable, dulcifican la cólera y aplacan la concupiscencia, impidiéndolas obrar contra razón, o permanecer inactivas cuando la inteligencia las llama, bien a obrar, ora a

gozar. Pues el último término de la sabiduría es mostrarse dócil a los consejos de la razón y ponerlos en práctica con firmeza.

Cuando el estudio y la santa filosofía han purificado nuestros errores y nos han dado la ciencia, entonces es cuando han retirado verdaderamente nuestro espíritu del abismo de la ignorancia para elevarle a la contemplación de las cosas divinas. Esta contemplación asidua, unida a la moderación y a un cierto bienestar que con ello naturalmente se produce, bastan para hacer feliz una vida entera. Es una creencia perfectamente legítima pensar que aquel a quien la divinidad ha dado estos bienes, está en la ruta del bien soberano. En cuanto al hombre indócil y rebelde a la voz de la prudencia, que castigos y leyes caigan sobre él, e incluso los más terribles con que nuestras tradiciones amenazan: venganzas del Cielo, suplicios del Infierno, inevitables castigos preparados bajo la Tierra, y todas esas penas expiatorias de las que el poeta de Jonia ha tenido razón en exponernos el cuadro. Pues si alguna vez el cuerpo es curado con venenos (cuando el mal no cede a remedios más sanos), también es necesario, en ocasiones, curar el espíritu mediante mentiras, cuando la verdad es impotente. Que unan, si, de ser preciso, el terror que producen estos dogmas extranjeros que hacen pasar el alma de los hombres tímidos a cuerpos de mujeres, cuya debilidad las expone a la injuria; que cambian los asesinos en bestias feroces; los perversos, en puercos o en jabalies; los hombres ligeros y frívolos, en pájaros, y los perezosos holgazanes, ignorantes y estúpidos, en pescados.

Némesis regula estos castigos en una segunda vida, de conciertos con los dioses terrestres, vengadores de crímenes de los que han sido testigos y a quienes el Dios supremo del Universo ha encargado de gobernar este mundo lleno de dioses, de hombres y de otros animales según el modelo de la Idea que no ha tenido nacimiento, idea eterna e inteligible". (trad. B. Bergua).

C. PLATÓN, *Timeo*, 41 a - 42 e.

⁶ PLATÓN, *Protágoras* 321 c - d; "Ahora bien: Epimeteo, cuya sabiduría era imperfecta, había ya gastado sin darse cuenta de ello, todas las facultades en favor de los animales, y le quedaba aún por proveer de las suyas a la especie humana, con la que, falto de recursos, no sabía qué hacer. Estando en este embrollo, llega Prometeo para inspeccionar el trabajo. Ve todas las demás razas armoniosamente equiparadas para vivir, y al hombre, en cambio, desnudo, sin calzado, sin abrigo, sin armas. Y había llegado el día señalado por el Destino para que el hombre saliera de la tierra a la luz.

Prometeo ante esta dificultad, no sabiendo qué medio de salvación encontrar para el hombre, se decidió a robar la sabiduría artística de Hefestos y Atenea y, al mismo tiempo, el fuego, ya que era imposible que esta sabiduría fuera adquirida por nadie o que prestara ningún servicio; y luego, hecho esto, hizo donación de ello al hombre". (Trad. Samaranch).

Cf. *Génesis*, 1, 26 - 28.

⁷ LUCILIO fr. 623 Marx (704 Warmington): "como cada uno de nosotros es dado a la luz por el seno materno".

La palabra seno traduce imperfectamente la voz latina, de origen galo *bulga*, alforja, saco pequeño, etc., que en el texto de Lucilio suena a vulgarismo. Pico aprovecha la ocasión para un juego de mezcla de estilos y no se preocupa mayormente de que el sentido original sea el que le comunica al verso su nuevo contexto. Marx piensa, en efecto, que Lucilio expresa aquí el principio epicúreo de que todos los seres buscan el placer desde el nacimiento. Warmington (Loeb. *Class. Remains of Latin*, III, Lucilius, p. 226 n. b) coincide con dicha interpretación.

⁸ Cf. M. FICINO, *Theología Platónica*, XIV, 3: "Ha sido demostrado que, en todos sus actos, nuestra alma se procura según sus medios el primer atributo de Dios, es decir, la posesión de toda verdad y de todo bien. ¿Busca el segundo? ¿Se esfuerza el alma en volverse todas las cosas como Dios es todo? Si, y de una manera sorprendente.

El alma lleva la vida del vegetal al cuidar el desarrollo de su cuerpo, la

vida del animal, al abandonarse a los sentidos, la vida del hombre, puesto que se ocupa de tratar racionalmente los asuntos humanos, la vida de los héroes en la medida en que escruta el mundo de la naturaleza, la vida de los demonios al estudiar las matemáticas, la vida de los ángeles al profundizar los misterios divinos, la vida de Dios al cumplirlo todo por la gracia de Dios. Toda alma humana experimenta todo esto en ella de algún modo, bien que cada uno lo haga diferentemente.

El género humano, pues, trata de volverse todo puesto que lleva todos los géneros de existencia. En su admiración, Hermes Trimegisto dice: "El hombre es una gran maravilla, un ser digno de veneración y de adoración, él, que conoce la raza de los demonios como si fuera su pariente por naturaleza, o que se cambia en un dios, como si él mismo fuera un dios". Además todos los seres, en la medida en que existen, son verdaderos, como son buenos en la medida en que poseen algún poder, algún rango y alguna utilidad. Hemos demostrado más arriba que el alma busca todo lo que es verdadero y todo lo que es bueno. Por lo tanto, busca todas las cosas. Pero ¿qué es lo que busca sino el conocerlas todas por la inteligencia, el disfrutarlas todas por la voluntad? El alma se esfuerza en volverse todas las cosas de dos maneras. Lo mismo en un sentido, como la vista por ejemplo, no discierne los colores si no reviste las formas de los colores y hace un todo de la potencia de ver y del acto de la forma visible como el todo que resulta del aire y de la luz, del mismo modo el intelecto no conoce las cosas mismas sino en tanto que es revestido de las formas de los objetos por conocer y hace un todo de la potencia de comprender y del acto de la forma inteligible, cuya unión se acompaña en una sola acción. La operación única de comprender es la operación de lo uno y de lo otro.

Igualmente, ¿quién podría pretender que de la materia corporal y de la forma que le es dada no resulta una sola cosa, puesto que de este compuesto proviene un acto único, un movimiento único? Es preciso aún con mayor razón, que una sola cosa resulte de la potencia del intelecto y de la forma del objeto por comprender, no solamente porque la composición de ambos es a menudo más durable, pues duran a menudo más largo tiempo juntos que la materia corporal y su forma, sino también porque el intelecto mismo es una forma. Forma, digo, que, como la materia, aspira a una forma ulterior. Es por lo que el intelecto acuerda mejor con la forma por recibir que la materia corporal con la forma particular. Todas las formas, en efecto, descienden de la inteligencia superior en las materias del universo, por ello acuerdan hartamente mejor con nuestra inteligencia que con la materia. En fin, cuanto más la inteligencia predomina sobre la materia más eficazmente agrega y une a ella la forma que desea.

No hay que creer que el alma une a ella lo que recibe menos eficazmente de lo que lo hace el cuerpo. El cuerpo asimila a su sustancia aún los alimentos más diversos, dirigiéndolos el principio vital y, del mismo modo y "a fortiori" el alma asimila lo que recibe y, lo que es más, lo que ella concibe, puesto que las dimensiones de los cuerpos son un obstáculo para la unión recíproca en los cuerpos, en tanto que las cosas espirituales son más aptas para la unión. Por ello, las razones, de las cosas comprendidas pasan más realmente a la sustancia del intelecto, según Plotino, que los alimentos a la sustancia del cuerpo. Esto muestra con evidencia que de nuestra inteligencia y de la forma del objeto inteligible resulta una sola cosa. Pero el sujeto que toma una forma de tal suerte que de esta forma y de él mismo resulta una sola cosa, se vuelve eso mismo cuya forma ha recibido.

¿No es sabido que cuando la materia del aire toma la forma del fuego ella se vuelve fuego o ígnea? Por eso es por lo que el intelecto se vuelve más o menos la cosa que comprende. Se vuelve esta cosa, digo, en acto. Pues en potencia y, en cierto modo en hábito, según opina Plotino, él era también la misma cosa antes de comprender. Es entonces ciertamente que el intelecto comprende el círculo cuando él mismo, en acto, se vuelve, por así decirlo, la razón del círculo; más aún esta actualización es el acto mismo de comprender. No obstante, el intelecto era, aún antes, la razón del círculo, no solamente en potencia, en lo que concierne a la idea sustancial del círculo, sino también en hábito en lo que con-

cieme a la fórmula, que nos es familiar, de la idea. Pues la verdad de los singulares consiste en la constancia de su razón. Así la inteligencia se vuelve la realidad toda cuando comprende las cosas, transformándose en sus razones perpetuas. Hablaremos de esto en otra parte. Pero por el momento bástenos saber que, puesto que el intelecto busca comprender todas las cosas y que al comprender reviste todas las formas, la consecuencia es que busca volverse todas las cosas; se esfuerza en volverse Dios, en quienes son todas las cosas. Pero baste esto para la inteligencia.

Nuestra voluntad, también ella, tiene el mismo deseo, pues desea siempre disfrutar de todos los bienes. Por este goce se une a los que disfruta. Pero hay una diferencia entre el intelecto y la voluntad. Ambos se vuelven todas las cosas: el intelecto todo lo que es verdad, la voluntad, todo lo que es bien; pero es haciendo pasar las cosas en sí mismo como el intelecto se une con ellas; la voluntad, en cambio, transportándose a las cosas. ¿Cómo? nuestro intelecto comprende evidentemente las cosas más bien según la naturaleza de las cosas. Así, las formas de los cuerpos que son particulares inmersas en la materia, divididas, confusas, mezcladas y variables, el intelecto las comprende según un modo universal absoluto, simple, distinto, puro e inmutable. Dios y los ángeles que son simples y estables, los comprende según un proceso discursivo lo más frecuentemente variable y múltiple. Así nuestro intelecto percibe según un modo bien suyo, tanto los seres inferiores como los superiores. Así se dice que todo lo transfiere a su naturaleza. Esto parece confirmar aquello de Platón, a saber, que la inteligencia comprende gracias a formas innatas, puesto que ella comprende según el modo de su naturaleza. La voluntad, por el contrario, primeramente no permanece en sí misma, como el intelecto, sino que impulsa al alma y al cuerpo para que se aproximen a los objetivos deseados; segundo, la voluntad no desea las cosas, a decir verdad tal como ellas son en el alma, sino más bien como son en sí mismas. Al intelecto que está por conocer el oro, le basta la especie universal e inmaterial del oro; a la voluntad no le basta, pues, desde el punto de vista de la vida humana, ella quiere el oro particular y material, tal como es en sí mismo.

Concluamos que por la inteligencia y la voluntad, las dos alas platónicas, nuestra alma vuela hacia Dios; porque por ellas vuela hacia todas las cosas. Por la primera, se agrega todo; por la segunda, se une a todo. Es porque el alma desea, se esfuerza, emprende volverse dios y progresa cada día. Pero todo movimiento que, dirigido hacia un fin, empieza primero, luego continúa, se intensifica poco a poco y progresa, acaba un día por llegar a su meta. Se intensifica por el mismo medio por el cual ha comenzado, progresa por el mismo medio por el cual se ha intensificado. En fin, termina por el mismo medio por el cual progresa. En consecuencia, nuestra alma podrá volverse algún día todas las cosas en cierta medida y volverse un Dios.

⁹ EL CAMALEÓN. Su color cambiante, su habitual ayuno aparente, su cara fiera y su timidez, su flacura explican la notoriedad del camaleón desde tiempos remotos y en lugares geográficamente distantes. Durante siglos y siglos ha venido desempeñando con mayor o menor publicidad su papel de animal raro. De abreviado prodigio. Papel por lo demás que no ha carecido de importancia en el desarrollo de la investigación científica junto con su copiosa presencia en el juego de asociaciones simbólicas.

El uso figurado del camaleón para significar versatilidad y el tono por lo común despectivo es un tópico reiterado por la retórica moralizante. Tal como aparece en Aristóteles (*Ética a Nicómaco*, 1100b) muestra que el cambio asociado a las mutaciones de color del camaleón era un uso ya viejo en su tiempo. Por lo demás, esta acepción de la versatilidad con miras al provecho es una acepción que todavía recogen nuestros diccionarios. Pico enaltece esta función del camaleón y con un rico tejido de asociaciones lo eleva a símbolo de lo humano. Esta dignificación es el rango más importante que hemos de hacer notar aquí.

CF. PLINIO, *Historia Natural*, VIII, 51: "A éstos (los cocodrilos) agregaremos otras animales que..."

maleon, al cual Demócrito ha estimado digno de un libro especial y donde (dicho animal) es consagrado miembro por miembro. Libro que, sin gran placer de nuestra parte, nos ha hecho conocer y nos ha revelado las falsedades de la charlatanería griega. Parecido en el tamaño al supradicho cocodrilo (el terrestre), el camaleón sólo difiere de éste en la curvatura de su espinazo y la mayor anchura de la cola. Es, se dice, el más asustadizo de los animales y por eso cambia de color. Tiene un ascendiente particular sobre las aves rapaces. Se pretende que cuando alguna lo sobrevuela, la atrae y la entrega sin que ofrezca resistencia a los animales que la despedazan. Demócrito cuenta que la cabeza y el gaxnate del camaleón, quemados con madera de encina, provocan la lluvia y el trueno: igual efecto con el hígado quemado sobre ladrillos. Las otras particularidades que refiere pertenecen a los maleficios. Las omitiremos, bien que considerándolas falsas y no seguiremos sino para mostrar la ridiculez de estas cosas. Por ejemplo, el ojo derecho, arrancado al animal viviente, borra, con leche de cabra, los albugos. La lengua como amuleto, protege de los peligros puerperales. El camaleón favorece a las parturientas". Se trata de una de las muchas obras atribuidas a Demócrito. La única mención precisa de ella está en el pasaje de Plinio. Sobre esta tradición del Pseudo Demócrito, ver nros. 48 y 68.

b) PROTEO. Es el dios marino a quien, por consejo de Idotea, consulta Menelao (Od. IV, 349 ss.) acerca de la suerte de los héroes que retornaban de la guerra de Troya. Egipcio, dotado de videncia, custodio de los rebaños de Poseidón, conocedor de las movedizas honduras marinas, capaz de asombrosas metamorfosis, Proteo ofreció amplia materia para las interpretaciones alegorizantes. En la teología numérica de sello pitagórico se vio preferentemente en él el paso de lo uno a lo múltiple, la misteriosa y fundamental generación que es la naturaleza. Proteo tiene así por clave simbólica la *mónada*, la unidad que a la vez que presente en la generación de todo número permanece una y la misma como orden y guía del rebaño aritmético.

Pico evoca a Proteo para completar, precisar y, muy probablemente, dignificar la imagen del camaleón aducida poco antes. El mitológico pastor acuático funciona, pues, como una figuración prestigiosa de la condición inestable del hombre que sólo adquiere su cabal sentido en cuanto a aspiración laboriosa a la unidad. El hombre, responsable de su humanización, consiste en un esfuerzo de configurar la propia vida según la pauta que le marca la suprema unidad divina. Cf. Ps. JAMB., *Theolog. arithmet.*, ed. Ast. p. 7: "No sin verosimilitud (los pitagóricos) le daban, (a la mónada) el nombre de Proteo, el multiforme héroe de Egipto capaz de tomar la forma de todas las cosas, así como ella coopera en la formación de cada número". Cf. COLUCCIO SALUTATI, *Epistola a Giovanni Dominici* (cit. en GARIN, *Educazione humanistica in Italia*, 7ª ed., Bari, 1970, p. 28): "Sólo quien tenga tal conocimiento (la ciencia aritmética) divisará la mónada, no derivada de ningún número, generadora de todos los números, sumamente semejante a Dios, que al no derivar de nada, es artífice del cielo y de la tierra, de todas las cosas visibles e invisibles. Verá la mónada, digo, fecunda y potente, tanto que no encuentra límite a su propio crecimiento; y así como no es posible fijar un número a su desarrollo, no habiendo número que no pueda ser superado agregándole aún la unidad o grupos de unidades, tampoco es posible encontrar un principio primero indivisible y volver a la unidad simple, así Dios padre, generando de sí a su Hijo, Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de verdadero Dios, no multiplica los dioses, sino que permanece Dios único".

c) *Libro de Enoch* 40, 8.

¹⁰ DEMÓCRITO, fr. 117 Diels: "... porque, en efecto, he sido hombre, mu- jer, planta, pájaro y mudo pez que salta fuera del mar". (trad. J. Barrio Gutiérrez).

¹¹ Génesis 6, 12. Números 18, 16. Marcos, 16, 15.

¹² Se ignora la fuente de esta cita.

¹³ *Scholia*, N. 21.

¹⁴ a) *Salmos*, 82, 6 b) *Juan*, 10 34.

¹⁵ Génesis 1, 2. Ver. N.º 5.

¹⁶ *Job* 38, 7.

¹⁷ a) Pico, variando apenas, pero muy significativamente una frase de Cicerón (De rep. VI, 18, 18) llama al siete *nodus primarum mentium*. Cicerón escribe *qui numerus omnium fere nodus est*. El pasaje ciceroniano se refiere al tema pitagórico quizás más famoso: la música de las esferas. Pico retoma de este modo en el alto plano espiritual cristiano que propone como guía y modelo para la dignificación humana el simbolismo cosmológico del número ilustre. Lo lleva del orden astral al de las mentes angélicas. El nexo original de esta transposición, en lo que concierne a Pico, hay que buscarlo en Dionisio Areopagita. Cicerón, *La república*, VI, 18: "Luego de recobrarne del estupor con que contemplé estas maravillas, dije: «¿Qué es este fuerte y dulce son que llena mis oídos?»".

"Es producido, replicó él, por el impulso y el movimiento de avance de las propias esferas; los intervalos que hay entre ellas a pesar de ser desiguales, por estar dispuestos exactamente según una proporción determinada, producen, mediante una mezcla agradable de notas altas bajas, diversas armonías; porque unos movimientos tan poderosos no pueden producirse a tan gran velocidad en forma silenciosa; y la Naturaleza a provisto que un extremo produzca notas bajas y el otro extremo notas altas. Así, pues, esta esfera más alta del cielo, la que lleva las estrellas, al girar con más rapidez, produce una nota o sonidos más altos y agudos, mientras que la esfera que gira en el nivel más bajo, la de la Luna, emite el sonido más bajo; pues la esfera terrestre, la novena, permanece sin moverse siempre y se mantiene estacionaria en la posición que ocupa en el centro del universo. Por su parte, las otras ocho esferas, dos de las cuales se mueven a la misma velocidad, producen siete sonidos distintos, número éste que es como el nudo (o llave) de todas las cosas. Los hombres doctos, imitando esta armonía en los instrumentos de cuerda y en el canto, se han ganado por sí mismos su retorno a este lugar, de la misma manera que otros han obtenido la misma recompensa consagrando sus brillantes dotes a los estudios divinos durante sus vidas terrenas". (samaranch, var en la fase objeto de la nota). Cf. PLATÓN, *República*, X, 617b; ARISTÓTELES, *Del cielo*, II, 290b.

b) En la teología pitagórica el siete, la héptada, septenario latino, se identificaba con Pallas Atenea. Se trata, acaso no sobra recordarlo, de uno de los números perfectos de fascinación más tenaz y amplia. La escueta revista de sus implicancias, complicaciones, derivaciones, resonancias y asociaciones exigiría muchas páginas. Sus prestigios, para no mencionar otros horizontes, rebasan el marco griego, se ejercen con delicia en el complejo mundo helenístico, persisten sin desmedro en la especulación musulmana y recorren el pensamiento cristiano. La magia, la alquimia, la cábala son, en fin, terrenos en que la cifra privilegiada sigue paseando su figura hasta nuestros días. Hace algunos años la ciencia del arte, cediendo a tentaciones numéricas, volvió a revivir con pretensión rigurosa estas combinatorias.

Las propiedades del siete participaban de los rasgos distintivos de Atenea. Mejor aún: eran Atenea. Como ella, el siete es virgen y nacido sin intervención de madre. Su peculiarísima aristocracia, recalquemos, proviene de la conjunción, única, de ambas cualidades. La primera, la virginidad, en razón de que multiplicado por cualquier número, aun el menor, dos, la héptada da un producto mayor de diez. Dentro de los límites de la década mística, pues, el siete no tiene posibilidades generadoras. En este aspecto coincide con los dígitos mayores de cinco. Veamos la segunda cualidad, la ausencia de madre. En el vocabulario que nos ocupa, el "padre" y la "madre" de un número eran sus factores. Vale decir, pues, que en el caso del siete no hay una pareja de cifras decádicas para enjendrarlo: no hay dos factores cuyo producto sea siete. La coincidencia es ahora con el tres y el cinco.

La indiferencia no resulta, a esta altura de la exposición, inesperada. Cabe entender el siete, aunque hay otra interpretación, como el resultado de la adición de unidades o, más adecuadamente, como un acrecentamiento o transformación de la mónada capaz como Proteo, de tocar la forma de cualquier número (ver nº 9). La mónada es, además, al igual que los impares, *masculina*. Por todo ello la filiación del siete se asimila al asombroso nacimiento de Atenea: brota directamente de la mónada divina como la diosa de la cabeza de Zeus.

Por si faltaran argumentos, se suma a lo dicho la soberbia condición irreductiblemente viril de la diosa, que alguna oportuna y más o menos arbitraria etimología, sugería y exaltaba: el número siete es impar (masculino) y no tolera, con alarde de varonil entereza, que se lo divida. MACROBIO, *Sobre el sueño de Escipión*, I, VI, II; 54-55: Con este número, el septenario, se ha desarrollado una idea de virginidad, de suerte que suele ser también designado Pallas, pues se lo cree virgen y porque ni solamente duplicado concibe ninguno de los números comprendidos en un denario, que según consta es el primer límite de los números. Pallas, asimismo, porque (el septenario) ha descendido de la gestación de una sola mónada y de su acrecentamiento, así como se dice que Minerva nació ella sola de un único procreador. (Trad. Claudio Soria).

La línea pitagórica de la exaltación paládica del número siete o septenario está documentada con referencia a Filolao. Los textos en DK, 11ª ed. 44b 20 (I, p. 416) donde se los considera dudosos. Para el estudio de la teología numérica un excelente punto de partida en FÉLIX BUFFIÈRE *Les mythes d'Homère et la pensée græque*, París Les Belles Lettres, 1956, Ch. XII, esp. pp. 565 ss. Para más amplias relaciones JEAN PEPIN, *Mithe et Allegorie. Les Origines grecques et les contestation judéochrétiennes*, París, Aubier, 1958. Cf. PROCLUSO, *Comentario al Timeo*, I, p. 95 Diehl; III, pp. 130 - 131, Festugière: Pues la mónada y la héptada son números en relación con el Intelecto: la mónada es inmediatamente el Intelecto, la héptada es la luz salida del Intelecto. Por eso es por lo que también el Intelecto Cósmito es monádico y hebdomádico, como dice Orfeo (orph. fr. 276, 313). Además la mónada es apoloniaica; la héptada Athenaica: por lo tanto y nuevamente "intelecto y entendimiento", de suerte que, también por medio de los números, el movimiento circular se muestra suspendido del intelecto y del entendimiento. Cf. Id, op. cit., 168, II Diehl: I, pp. 222 - 224 Festugière, el logio de Atenea.

¹⁸ *Romanos*, 8, 5.

¹⁹ *Actas*, 9, 15.

²⁰ *Corintios*, 12, 2.

²¹ DIONISIO AREOPAGITA, *La Jerarquía Celeste*, VI-VII. 1. Acerca de cuántos y cuáles sean los órdenes de las entidades supracelestes, de qué modo se organizan, las jerarquías de estos órdenes, digo que sólo lo sabe exactamente el Principio que los hace divinos; y agrego que ellas mismas conocen sus propios poderes e iluminaciones, así como también su propia y bella ordenación sagrada y supramundana.

Completamente imposible, es, en cambio, que nosotros sepamos nada de los misterios de las mentes supracelestes, salvo aquellos en que la Tearquía nos ha instruido por medio de aquellas entidades, ya que ellas conocen bien lo que les pertenece.

En consecuencia, nada diremos por propia iniciativa nuestra, sino que expondremos, en los que seamos capaces, las visiones contempladas por los teólogos sagrados y lo que por propia iniciación hemos aprendido nosotros.

2. La teología ha designado con nombres reveladores, en número de nueve, a todas las entidades celestes, y nuestro divino iniciador las divide en tres grupos ternarios. Y así dice que el primer grupo es aquél que está perennemente junto a Dios y, según la tradición refiere, inmediatamente unido a El antes que los otros y sin intermediarios. Los santísimos tronos, en efecto, y

con ellos las innumerables cohortes de ojos y de alas, llamadas en lengua hebrea Querubines y Serafines, están inmediatamente colocados junto a Dios, en una vecindad más estrecha que cualquier otra.

Tal es, según él lo que transmite la revelación de los Dichos sagrados. A esta formación ternaria, en tanto que constituye una sola jerarquía, de rango igual y realmente primera, nuestro ilustre preceptor la declara, pues, más deiforme que ninguna otra y la más inmediatamente configua a las iluminaciones primordiales de la Tearquía. La segunda, dice, es la que se compone de las Potestades, las Dominaciones y las Virtudes, y la tercera, que comprende las últimas jerarquías celestes, es la disposición que constituyen los Angeles, los Arcángeles y los Principados. VII. 1. Aceptada, pues, tal ordenación de las santas jerarquías, pasamos a decir que toda denominación de las celestes mentes apunta a las características particulares y deiformes de cada orden. Dicen los expertos en cosas hebraicas que el apelativo de los *Serafines* quiere significar la acción de quien enciende o de quien da calor; de los *Querubines* expresa plenitud de conocimiento o bien difusión de sabiduría. Oportunamente, entonces, la primera de las jerarquías celestes encuentra sus ministros en las más sublimes sustancias, en cuanto ella tiene la más excelsa misión entre todas; las primeras apariciones o iniciaciones operantes con la obra de Dios son, en efecto, principalmente transmitidas a través de la primera jerarquía, la más próxima a Dios. Por eso también tienen los Tronos el apelativo de "*donantes de calor*" y *difusores de sabiduría*", nombre que pone de manifiesto sus hábitos deiformes. El nombre de los *Serafines*, por tanto, indica de modo oportuno el perenne e incesante impulso hacia lo Divino; el calor, la penetración, el fervido carácter de aquel perenne movimiento, atento, que nunca se interrumpe, que nunca declina; la capacidad de asimilar a la propia altura las cosas inferiores llamándolas con energía y conduciéndolas a lo alto. Tal capacidad, en efecto, reside en estos tales fervores y parece fuelle que excita con su poderoso aliento el flujo para llevarlas a igual grado de calor. Indica, además, potencia purificadora a través de incendio y total combustión; esta propiedad particular que no puede ser escondida y de modo alguno puede extinguirse, se desarrolla en grado perennemente igual, luciforme y donante de luz (ella con vigor, incita desde lejos y aniquila toda oscuridad operadora de tiniebla). En cuanto al apelativo de los *Querubines* indica conocimiento y posibilidad de volver la pupila hacia la Divinidad, receptividad del don de luz trascendente, capacidad contemplativa de la divina belleza en su primera manifestación activa; ese intenso celo de transmitir todo principio susceptible de infundir sabiduría; la coparticipación (y no conoce envidia) con los grandes segundos por efusión de una sabiduría que se ha prodigado.

El apelativo de los sublimes y excelsos *Tronos* indica posición trascendente y por completo immune a hundirse en zonas más bajas; transporte hacia lo alto para trascender el cosmos hacia regiones vertiginosas; emigrar inmutablemente lejos de toda bajeza; esa estabilidad que no conoce sacudidas y está estupendamente segura con las enterizas facultades propias junto a Aquél que es verdaderamente el Altísimo; esa receptividad, en plena tranquilidad profunda, sin influjo de materia, en la visitación divina; esa capacidad de sostener lo Divino, esa apertura inmensa en plena subordinación para acoger lo que Dios prodiga.

2. Esta es, pues, en lo que nos es posible, la explicación de los apelativos; conviene decir ahora cual sea, en nuestra opinión, la jerarquía exacta de estos órdenes.

Pienso también que hemos dicho ya suficientemente que el fin de toda jerarquía está en relación constante con la deiforme *imitación de Dios*; que toda actividad jerárquica resulta dividida en una participación que con sagrado modo acoge y en una erogación de purificante obra perfecta, de luz divina y de ciencia perfecta; en este momento, no obstante, hago voto de poder decir en modo digno de las sublimes mentes en qué modo el grado de sus jerarquías se ha manifestado a través de las escrituras oraculares.

A las primeras sustancias sucesivas a la Tearquía que les confiere realidad de sustancias, dispuestas como en el vestíbulo de Dios y trascendentes a toda

potencia creada, tanto invisible como visible, a estas primeras sustancias debemos considerar que les pertenece como propios y bajo todo aspecto uniforme, el oficio jerárquico. En tanto que debemos considerarlas puras en sí mismas, no liberadas en determinado momento de precedentes manchas impías y suciedades; inmunes, por lo tanto, a toda visión material, por cuanto están por encima de toda disminución y de todo grado de santidad inferior a ellas. Además, por esta sublime pureza, trascienden en mucho toda potencia también enteramente deiforme; mantienen por divino amor incesante el orden del propio movimiento espontáneo, siempre igual e inmutable; no decaen absolutamente en una condición inferior y no conocen disminución, sino que tienen perennemente una sede que no conoce caída, que no conoce mutación de movimiento, purísima sede por propia característica deiforme.

También es la suya facultad contemplativa, no en cuanto contempla noéticamente símbolos sensibles ni tampoco en cuanto sean elevadas hacia la Divinidad meditando sobre la variedad alegórica de Escrituras oraculares; sino en el sentido de una redundancia, por plenitud de todo conocimiento inmaterial, proveniente de la más alta luz; redundancia, por plenitud, en cuanto es posible, de visión, trascendente a los seres y manifestándose en tríplice forma, visión de una belleza, de belleza hacedora. Así aun digna de la participación con Jesús, no en imágenes santamente configurados que expresen con formas sensibles semejanzas de potencia divina, sino en cuanto se aproximan verdaderamente a El en primera participación de conocimiento de las luces divinas; así aun cuanto les es dado a ellas por manera sublime la facultad de imitar lo Divino, y por medio de potencia primariamente activa, participación en la facultad que a ellas se les concede de las facultades divinas de El y llenas de amor para la humanidad.

Además perfectas, no en el sentido de iluminadas por ciencia, susceptible de analizar y resolver la variedad divina, sino en cuanto reciben la plenitud por una primaria y excelsa unión con Dios; por esto precisamente *Angeles* del operar divino. En efecto, iniciales no a través de otras sustancias sagradas, sino de la propia Tearquía (tanto es superior la potencia y excelso el orden), hacia El, sin mediación tienden y se mantienen seguras, vueltas hacia el Santísimo de modo inmutable. Además, por belleza inmaterial y noética, en cuanto es posible, aducidas a la contemplación, reciben iniciación sobre las razones científicas de las obras divinas, primeras como son y vecinas a Dios, y por el mismo principio de iniciación en modo excelso consagradas.

3. Sea como fuere, los teólogos demuestran con claridad una cosa: los grados inferiores de las sustancias celestes son perfectamente instruidos por parte de aquellos de grado superior en las ciencias que expresan las operaciones divinas. Los grados más sublimes de todos son luego iluminados, en cuanto es lícito, en las sagradas iniciaciones por parte de la propia Tearquía. Enseñan además que algunos grados inferiores son santamente iniciados por parte de los primeros en la doctrina que el Señor de las potencias celestes y el Rey de la Gloria es Aquél que ha subido a los cielos bajo semblante humano. En cuanto que hubiese entre los Angeles luego alguna duda acerca del propio Jesús, los teólogos enseñan que estos pueden aprender ciencias de la divina operación cumplida por El para ventaja nuestra, y asimismo que el propio Jesús procede a la iniciación y que les demuestra sin más la propia operación de bien inspirada por amor a la humanidad: "Soy, les dice, el que habla con justicia, el que es grande en el salvar". También constituye para mí motivo de estupor el hecho de que las primeras entre las naturalezas celestes, tan superiores a todas las otras, estupor decía, de que aun ellas, como también las medias, expresen con ánimo respetuoso el deseo de divinas iluminaciones. Y en efecto, ¿no comienzan desde este punto las preguntas?: "¿Por qué están rojas tus vestiduras?". Pero consigo mismas alimentan un vivo sentido de vacilación, en cuanto demuestran profunda avidez de aprender, encendido deseo de conocer la divina operación, aun que sin arrojarse hacia adelante y anticipar la iluminación concedida por descenso divino.

Por lo tanto la primera jerarquía de las mentes celestiales, consagrada por

el propio Principio de iniciación, es *iluminada*, es *purificada*, recibe *perfecta* iniciación por el acto de protenderse directamente hacia ese Principio, obteniendo en plenitud, en la proporción a ella debida, con plena santidad, *purificación* de luz sin medida por *santificación perfecta*. Y en tanto que no tienen contacto con ninguna bajez, henchida de luz primaria, perfecta por participación de conocimiento protendida como primer don perfecto, por participación de ciencia. Esto podría decirse brevemente, no sin alguna ventaja, que lo que es la participación de la ciencia divina es *purificación, iluminación, iniciación perfecta*.

Ella en efecto, purificada del no saber, por medio de un conocimiento concedido proporcionalmente a la dignidad, de los misterios más sublimes; *ilumina* por medio del divino conocimiento en sí mismo, gracias al cual resulta purificada esa naturaleza que primero no discernía esos misterios ahora refulgentes a plena luz de una iluminación más alta, por último, *iniciación perfecta* en cuanto actúa por medio de una ciencia habitual susceptible de las más luminosas iniciaciones.

4. Tal es, en lo que puedo saber, el primer grado de las sustancias celestes; el grado que está en el circuito de Dios y junto a Dios sin mediación alguna; que incesantemente y con giro simple procede alrededor del eterno conocimiento de El, según la excelsa disposición de perenne movimiento como se consagra a los Angeles. Este primer grado contempla con pureza muchas y felices visiones, iluminado por simples y directos fulgores, saciado en plenitud por nutrición divina un alimento copioso por la efusión que es primera; único alimento, sin embargo, dada la invariada y unificada unidad del teárquico banquete. Y es considerado digno de tanta comunión con Dios y de tanta colaboración porque es susceptible, en cuanto es posible, de una asimilación con El, de cualidad estupenda y de actos. Conoce además por eminentes razones muchos de los misterios divinos y adviene a participar, en lo que puede concederse, de la ciencia divina y del conocimiento teárquico. Por este motivo, a quien habita en la tierra la teología transmite himnos para celebrar este primer grado; himnos en los cuales se demuestra santamente la eminencia de la sublime iluminación reservada a este orden. Tales naturalezas, en efecto, para expresarnos según los datos de las sensaciones, como voces de innúmeras elevan el grito: "Bendita la gloria del Señor al alzarse de su sitio".

Otras es cambio levantan la voz en célebre y venerabilísimo canto que expresa la gloria divina: "Santo, santo, santo el señor Sabaoth: llena está toda la tierra de Su gloria". Estas del todo sublimes himnologías de los templos hiperuranios hemos ya explicado, en cuanto era posible, en los libros en que se trata de himnos divinos y se ha dicho acerca de ellos, en lo que se podía, suficientemente. Por ello, ahora, baste decir, para despertar el recuerdo, lo que sigue; que lo que es el primer grado, esta boniforme jerarquía, en cuanto era posible iluminada por obra de la bondad teárquica, ha transmitido a los grados sucesivos la ciencia teológica. Este primer orden, en suma, enseña una cosa: la augusta y más que bendita y digna de toda alabanza Tearquía es justamente conocida y celebrada con bellas alabanzas por parte de las mentes capaces de acoger en cuanto es posible, lo Divino. A propósito de esto, en efecto, se dice en los Oráculos que estos son, en cuanto deiformes, los divinos lugares del reposo teárquico.

Y así también ellos enseñan que la Tearquía es mónada inherente a tres Personas. Ella, difunde sobre todas las cosas, desde las sustancias hiperuranias hasta los extremos de la tierra, su providencia férvida de toda bondad; ella, Principio y Causa que trasciende todo principio; ella que abarca en torno con inabarcable comprensión en trascendencia absoluta las cosas universales". Para esta versión me he basado, en cotejo con el texto original, en la traducción italiana de ENRICO TUROLLA, *Dionigi Aeropagita, Le Opere*, Padova, 1956. Remito a sus doctos comentarios para un más amplio conocimiento del tema.

²² *Génesis*, 28, 12.: "Luego (Jacob) tuvo un sueño: era una escala que se apoyaba en la tierra y cuyo remate llegaba al cielo, y he aquí que los ángeles de Dios subían y bajaban por ella. 13. Yabveh estaba parado por encima de

ella y dijo: "Yo soy Yahveh, Dios de tu padre Abraham y Dios de Isaac. Te daré la tierra sobre que yaces a ti y a tu descendencia".

²³ Cr. *Asclepios*, 12: "Pues, ¡qué cosa tan dulce es, en esta vida corporal, el goce que produce de los bienes que uno tiene!"

Este placer como suele decirse, coge al alma por el cuello para que el hombre se adhiera a esta parte de él y por la que él es mortal, y además el vicio, envidioso de la inmortalidad, no soporta que uno reconozca la parte que es divina". (Trad. Samaranch).

²⁴ a) DANIEL, 7, 9-10. b) Cf. *Jeremías*, 1, 5.

²⁵ *Job*, 25, 2.

²⁶ EMPÉDOCLES, 115, 13-14 D. K.: "Y yo soy ahora uno de ellos, vagabundo, desterrado de entre los dioses, habiendo puesto mi confianza en el odio furioso". (Trad. J. Barrio Gutiérrez).

²⁷ Cf. LUCANO, *Farsalia*, I, 1: "Bella per Emathios plus quam civilia campos..." "Guerras más que civiles en los campos Emathios (cantamos)..."

²⁸ HERÁCLITO, 53 DK: "La guerra es el padre y el rey de todas las cosas. A algunas ha convertido en dioses, a otras en hombres, a algunas ha esclavizado y a otras ha liberado". (Trad. L. Farré).

²⁹ *Mateo*, 11, 28: "Venid a mí todos cuantos andáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré", *Juan*, 14, 27: "La paz mía os dejo; la paz mía os doy; no como el mundo la da, yo os la doy. No se conturbe vuestro corazón ni se acobarde".

³⁰ a) JAMBlico, *Vida de Pitágoras*, 230-33: Cf. DIÓGENES LAERCIO, VIII, 10. b) *Lucas*, 19, 37-38: "Y cuando él se acercaba ya al descenso del monte de los Olivos, toda la muchedumbre de los discípulos comenzaron gozosos a alabar a Dios con grandes voces por todos los prodigios que habían visto, diciendo: Bendito el Rey que viene en nombre del Señor (Sal. 117, 26) ¡Paz en el cielo y gloria en las supremas alturas! c) *Lucas*, 2, 14: Pico como de costumbre se atiene al texto de la Vulgata "... paz en la tierra a los hombres de buena voluntad". (Trad. Nacar-Cólunga) que se aparta del sentido usual del término Eudokia. Pos eso en las versiones actuales se prefiere, como en Bover-Cantera: "Gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres del divino agrado".

Recordemos, sin entrar en pormenores filológicos, que Erasmo en su famosa edición del Nuevo Testamento (Basilea, 1516) propuso una lección equivocada del pasaje, que lo lleva a traducir: "buena voluntad para los hombres". Su autoridad y, sobre todo la de Lutero, que se basó en el texto erasmiano para su traducción alemana, dio curso a esta interpretación, usual a su vez en amplios círculos y hasta nuestros días, fuera del ámbito católico. Cf. *Isaías*, 57, 19: "¡Paz, a lo lejano y a lo próximo, afirma Yahveh, y le sanaré! Cr. *Efesios*, 2, 17: "y, venido, anunció paz a vosotros, que estabais lejos, y paz a los que estaban cerca; pues por él tenemos abierta la entrada entrambos en un mismo Espíritu al Padre".

³¹ Cf. *Salmos*, 116, 15: "Preciosa es a los ojos de Yahveh, la muerte de sus santos".

³² PLATÓN, *Fedón*, 80 d - 81 a.

³³ Cf. *Éxodo*, 26, 19. Id. 36, 19. Id. 39, 33.

³⁴ *Epopteia*. La palabra griega puede traducirse por *visión* o *revelación*. Nombra el momento capital de los misterios de Eleusis. "Al día siguiente, 20 del Boedromisión, tenían lugar las verdaderas *Eleusinas*, en medio del silencio y bajo una rigurosa organización, que prevenía incluso la pena de muerte para quienes violasen ciertas normas; los *mystai* se congregaban en el *Telesterion* o gran tem-

plo pisitriático, y desde sus puestos asistían a los *drómena* o dramas simbólicos. En este punto deben empezar las conjeturas acerca del contenido de los misterios, pues la obligación del secreto alcanzaba todas estas prácticas, de las que sólo conocemos datos sueltos: así del empleo de la *cista* y del *canasto* o ciertos objetos cuyo simbolismo encerraba alusiones sexuales o las visiones divinas provocadas por la alternancia de tinieblas y luz. A partir de este momento los *mystai* ya no eran *mystai* (o sea hombres con velo), sino *epoptai*, esto es, "hombres que han visto". Este sentido óptico y visual es fundamental en los misterios: lo esencial en ellos es que hay algo que es "desvelado", que se manifiesta, y el sacerdote principal es por ello llamado "hierofante", esto es, "mostrador o revelador" de lo sagrado. (ÁNGEL ALVAREZ DE MIRANDA, *Las religiones místicas*, Madrid, Revista de Occidente, 1961, pp. 64, 65).

³⁵ Cf. *Romanos*, 1, 20.

³⁶ *Fedro* 25b y ss.

³⁷ PLUTARCO, *Sobre la E en Delfos*, 2 (*Mor* 385b-d): "Que el dios no es menos un filósofo que un vidente pareció a todos que, mediante el examen de algunos de sus nombres, Ammonio lo había afirmado y explicado con acierto. Es, en efecto, Pitio (Indagador) para los que empiezan a aprender e indagar. Delio (Mostrador) y Fanaio (Iluminador) para aquellos a quienes algo de la verdad se muestra e ilumina. Ismenio (Concedor) para los que tienen conocimiento y Leschenorio (Conversador) cuando se trata de quienes practican y disfrutan discutiendo y filosofando entre ellos. "Puesto que el origen del filosofar es el inquirir, prosiguió diciendo, y del inquirir encontrarse asombrados y perplejos, parece muy natural que mucho de lo concerniente al dios convenga que se oculte con enigmas y que el deseo de resolverlos lleve a la causa que los explica. Por ejemplo, el fuego que no cesa, que aquí sólo ardan troncos de pino y también que el laurel sea para sahumerios, que se hayan levantado dos estatuas a las Moiras, mientras que en todas partes sean tres las habituales, que ninguna mujer pueda acercarse al recinto sagrado, y lo del trípode, y todas las cuestiones de esta suerte, cuando son propuestas a gente no del todo obtusa y apocada, seducen y llaman a investigar, a leer y a dialogar acerca de ellas. Mira estas inscripciones: "Conócete a tí mismo" y "Nada con exceso", cuántas inquisiciones de filósofos han movido y qué multitud de discursos ha brotado de ellas como de una semilla. No menos fecundo en discursos es, pienso, lo que ahora investigamos".

Pico emplea la palabra "vates" que encierra los dos sentidos de *vidente* y de *poeta*. La palabra griega *mantis* que aparece en el texto de Plutarco acentúa considerablemente el primer sentido, aunque no excluye del todo el segundo ya que el motivo del endiosamiento, posesión divina o *inspiración* de los poetas ilustrado por Platón hace de éstos, de un modo peculiar, videntes. Capacidad que, como es notorio, el Platonismo del Humanismo y el Renacimiento exaltó y defendió hasta caer en la paradoja de desmentir la doctrina platónica dando a la visión poética la condición de un saber superior al obtenido por las vías de una razón estrictamente vigilada. Por lo demás, la palabra castellana *vate* encierra ambas acepciones. No la he empleado en la traducción por razones de estilo: suena demasiado a viejas ampulosidades de escolar neoclásico. Ver las importantes precisiones de DODDS. *Los griegos y lo irracional*, cap. III y esp n. 118.

³⁸ *Juan*, 1, 9.

³⁹ Cf. NONNIUS MARCELLUS, I, 83.

⁴⁰ PLATÓN, *Alcibíades I*, 132c.

⁴¹ PORFIRIO, *Vida de Pitágoras*, 42: "tenía sin embargo otra especie de *símbolos*, de esta suerte: "No saltar la balauza", que es como decir huir la avaricia. "No cortar el fuego con la espada", o sea, no instigar con palabras punzantes al altanero e irascible. "No deshojar la guirnalda", vale decir, no violar las leyes, puesto que éstas son las guirnaldas de las ciudades. Y también otras

del mismo género, por ejemplo: "No comer el corazón", o sea, no afligirte con excesivo afán, "No sentarse sobre el celemin", o sea, no vivir ocioso. "Al partir, no volverse atrás", lo cual significa: no desear la vida presente a la hora de la muerte. "No andar por los caminos reales" con lo cual prescribía no seguir las opiniones corrientes, sino buscar la de los pocos y sabios. "No acoger en casa las golondrinas" vale decir, no admitir que vivan bajo nuestro techo personas locuaces e incapaces de contener la lengua. "Ayuda a los portadores a levantar la carga, no a descargarla" aconsejando así que se socorriera a los demás no para que se apoltronaran en el ocio, sino para que pudieran ejercitarse en virtuosas fatigas. "No llevar en los anillos las imágenes de los dioses" o sea, no exponer a cada momento y sin velos la sabiduría y las doctrinas referentes a los dioses, ni a participarlas al vulgo profano. "Liba a los dioses según las orejas de las ánforas"; con tal enigma aconsejaba honrar a los dioses y alabarlos con músicas y, en efecto, la música entra por las orejas. (...)

b) JAMBlico, *Protreptico*, 21 (ed. Pistelli p. 106): "Consideremos estos símbolos: 1) Mientras vas al templo a adorar a los dioses, no decir ni hacer otra cosa referente a la vida. 2) No entres casualmente al templo y de ningún modo adores ni aun si te sucediera pasar ante las propias puertas del templo. 3) Sacrifica y adora descalzo. 4) Esquiva los caminos reales y camina por los senderos. 5) Abstente de los animales de cola oscura porque corresponden a los dioses terrestres. 6) Frena ante todo la lengua, respetuoso de los dioses. 7) Cuando soplan los vientos, adora el Eco. 8) No herir el fuego con el cuchillo. 9) Aparta de tí todo vinagre. 10) Ayuda a levantar la carga a quien se la coloca en las espaldas, pero no levantarla a quien la depone. 11) Para calzarte adelanta primero el pie derecho, pero para levantarte, el izquierdo. 12) De cosas pitagóricas, no discurrir sin luz. 13) No traspasar el yugo. 14) Al peregrinar lejos de casa no te des vuelta porque las Erinias te seguirán... 15) No orines de cara al sol. 16) No limpies la antorcha con un hacha. 17) Alimenta al gallo pero no lo imoles, porque está consagrado a la luna y al sol. 18) No te sientes sobre el celemin. 19) No alimentes ningún animal de uñas curvas. 20) No cortes leña en el camino. 21) No recibir la golondrina bajo tu techo. 22) No usar anillo. 23) No esculpir imágenes de dios en el anillo. 24) No te mires al espejo junto al candil. 25) No niegues fe a nada maravilloso que se refiera a los dioses o a los dogmas divinos. 26) No te des a risas desaforadas. 27) En el sacrificio no te cortes las uñas. 28) No oprimas fácilmente la diestra de cualquiera. 29) Levántate de las mantas enredadas y haz desaparecer toda señal tuya. 30) No roer el corazón. 31) No comas el cerebro. 32) Escupe sobre las cortaduras de tus cabellos y de tus uñas. 33) No apresar el salmónete. 34) Hacer desaparecer de las cenizas el vestigio de la olla. 35) Con la que tiene oro no tener comercio para procrear hijos. 36) Rinde el primer homenaje al traje y al tribunal, lo mismo que al traje y al triobolo. 37) Abstente de habas. 38) Planta la malva, pero no la comas. 39) Abstente de (alimentos) animales". Cf. DIÓGENES LAERCIO VIII, 17-18. MARSILIO FICINO, *Commentarios in symbola Pyth.* (Suppl. Ficin., II, 100-3): "Por colemin (modio) entiendo que se dignifica esa fuerza del alma con la cual medimos y discernimos todas las cosas... Orinar es purgar, cortar las uñas es también apartar de tí las cosas soberbias y viles... Gallo... es cierta fuerza del alma con cierto parentesco con los cuerpos y los espíritus celestes..."

⁴² El antagonismo entre el gallo y el león aparece recogido por Bolo de Mendes un neopitagórico egipcio que se consideraba depositario de los saberes orientales que Demócrito habría recibido de los magos (ver 68) Bolo el Demócriteo vivió hacia el 200 a. de C. en tiempos del segundo Ptolomeo y es el iniciador de la copiosa literatura sobre "fuerzas secretas" o "naturalezas" de los tres reinos: los animales, las plantas y las piedras, que incluían a los metales.

Estas virtudes recónditas provocaban afinidades y repulsiones entre los seres y las cosas y la posesión de tales "simpatías" y "antipatías" permitía utilizarlas para proporcionar salud, riqueza, dicha, poder, honores. Se afianza y difunde así en estos siglos una concepción mágico-mística que, por responder a apetencias profundas de la situación histórica, debilita, contamina y aún anula la

búsqueda científica concebida al modo aristotélico. Lo que prevalece, sin excluir los círculos más cultos, es un anhelo difuso, enérgico y frecuentemente atormentado de seguridad que arraiga en la esperanza urgente de técnicas de salvación. Al sentirse individual y colectivamente desamparado en el mundo, el hombre deja de interesarse por un estilo de ciencia que no le sirve para disolver sus angustias y termina por no comprenderla, aunque explícitamente no reniegue de ella. En vez de la marcha investigadora rigurosa y que se reconoce siempre inconclusa, se quieren fórmulas infalibles capaces de dominar sin demoras lo oculto. El origen y el fin del conocimiento se justifican en el relámpago de una revelación que releve al hombre de sus trabajos y lo resuelva todo de un golpe y para siempre.

En las *Físicas* de Bolo, también tituladas *Acerca de las simpatías y antipatías* se ofrece una lista de estas misteriosas relaciones por orden alfabético. Sobre decir que en ellas reaparecen creencias antiquísimas que, por ello mismo, se revisten de prestigio. Entre las "Antipatías" conservadas en los fragmentos explícitamente atribuidos a Demócrito figura la del gallo y el león, junto con la de la serpiente y las hojas de encina, la hiena y la pantera, el escorpión y el asno, etc. (Ver 9ª y 68).

Los escritos de Bolo actuaron intensamente en la Edad Media a través de los "rabes": Razis, Avicena, Ibn Zohr (Avenzoar; ver 66) y mantuvieron y quizá acrecentaron su crédito en la tradición hermética, en la medicina, la astrología y la alquimia presente en el Humanismo y el Renacimiento y aun más cerca de nosotros. Véase LESKY, H. L. Gr. p. 368; 312 y, en esp. FESTUGIÈRE, *La révélation...* T. I, cap. VI, en esp., p. 197 ss. De la última obra procede lo sustancial de nuestra nota.

⁴³ PLATÓN, *Fedea*, 118ª

⁴⁴ Cf. *Pselli et Plethonis in Oracul. chald.*, Amstel, 1688, p. 91 y 81.

⁴⁵ Cf. *Génesis* 2, 10-14.

⁴⁶ a) *Salmos*, 54., 18. b) SAN AGUSTÍN, *Del Génesis a la letra*, 29-30.

⁴⁷ *Jeremías*, 9, 21.

⁴⁸ a) PLATÓN, *Fedro*, 247a. b) *Timeo*, 29e.

⁴⁹ *Job*, 32. 8.

⁵⁰ I. *Timoteo*, 4, 12: "Que nadie te menosprecie por tu juventud; antes bien hazte dechado de los fieles en la palabra, en el comportamiento, en la caridad, en la fe, en la pureza".

⁵¹ CICERÓN, *Sobre los fines*, I, 2: (El prefacio es una defensa del estudio de la filosofía). "Estos, pese a que mucho les place la filosofía, quisieran que fuera menos intensamente cultivada, lo cual no es fácil, ya que se trata de un estudio que no admite coerción ni restricción. En realidad, la actitud de quienes quieren disuadirnos de la filosofía casi parece más razonable que la de quienes quieren limitar lo que es esencialmente ilimitado y desean la mediocridad en aquello que es mejor cuanto mayor sea".

⁵² PROPERCIO, II, 10, 6-6: "Por lo que si me faltaran las fuerzas, mi gloria estará en mi atrevimiento: en las empresas grandes, basta con haberlas intentado" (trad. A. Tovar y María T. Belfiore Mártire).

⁵³ HORACIO, *Epístolas* I, 1, 14-19: "Y porque por ventura no me preguntes bajo qué caudillo y al amparo de qué lar yo me defiando y aseguro te diré que voto ninguno me obliga a jurar las doctrinas de ningún maestro; luego a fuer de viajero a cualquier ribera donde me lleve la tempestad. Ora me vuelvo ágil, y actúo y me zahondo en las mareas civiles, custodiado e inflexible seguidor de la

auténtica virtud, y ora me dejo resbalar, con furtivo pie, hasta los preceptos de Aristipo, y me esfuerzo en sujetar las cosas a mí y no yo a las cosas". (trad. L. Riber).

⁵⁴ La lista de filósofos desmiente, para empezar, una oposición de Pico della Mirandola a la Escolástica y, en general, a los filósofos medievales. Adviértase, además, el respeto con que son valorados los pensadores musulmanes. Pico, en suma, es fiel a su principio de que hay que asimilar toda la tradición filosófica para poder trazar con acierto el propio camino. La necesidad de información y el esfuerzo de innovar se requieren, pues recíprocamente. La enumeración de Pico, en consecuencia, es uno de los textos más elocuentes para comprender la verdadera actitud del mejor Humanismo frente al pasado, y en lo esencial, sigue siendo válida.

Juan Scoto es Juan Duns Scoto (o Duns Scot) (h. 1266-1308); Tomás es, obviamente, Santo Tomás de Aquino (h. 1225-1274); Egidio es Giles de Roma (Aegidius Romanus) (h. 1247-1316); Francisco es, François Meyronnes (m. 1325). Como recuerda Gilson (*La Philosophie au Moyen Age*) Guillaume de Vaurouillon (m. 1464) después de citar el famoso "Ternario de Doctores", Tomás de Aquino, Buenaventura y Duns Scoto, agrega otro: François de Meyronnes, Enrique de Gante y Giles de Roma; Alberto es Alberto Magno (1193-1280) y Enrique es Enrique de Gante (m. 1293). Sobre los filósofos musulmanes remitimos, entre otros, a MIGUEL CRUZ HERNÁNDEZ, *La filosofía árabe*, Madrid, 1963.

⁵⁵ Cf. PLATÓN, *Carta VII*, 340 d-341e.

⁵⁶ a) THEODORET, *Curatio*, I, 41e ss. b) EUSEBIO *Praep. Ev.*, X, 10, 2; XIV, 10, 43 ss.

⁵⁷ SAN AGUSTÍN, *Ciudad de Dios*, IX, 1. Cf. SAN AGUSTÍN, *Contra los Académicos*, III, 20, 43.

⁵⁸ SÉNECA, *Epístolas*, 27, 7: "Saca agua de tu propio pozo. Para mí todos esos hombres, nunca autores, intérpretes siempre, cobijados bajo la sombra ajena, nada tienen de animoso, porque no se atreven nunca a hacer algo de aquello que con tanto tiempo aprendieron. En obra ajena ejercitaron su memoria; pero una cosa es recordar y otra cosa es saber. Recordar es guardar una cosa encomendada a la memoria; y al contrario, saber es habérsela asimilado y no estar colgado del ejemplo, volviendo a cada instante los ojos al maestro". (trad. L. Riber).

⁵⁹ BOECIO, *De interp.* ce. Ed., II, 3: "...restablecer en cierto modo la concordancia entre las doctrinas de Aristóteles y de Platón, demostraré que lejos de disentir en todo, coinciden totalmente en lo principal de la filosofía". Cf. MARSILIO FICINO op. II, 1801. *Exposición acerca de la interpretación de Prisciano Lidio sobre Teofrasto*: "Cuando estudiaba la cuestión del alma, he consultado no los filósofos vulgares sino los más egregios. Interrogué con ansia a los Platónicos y a los Peripatéticos y al parecer contradecirse sus respuestas, desesperé de lograr mi meta en su propio comienzo. Pero, pasado algún tiempo, Temistio me dio la mejor esperanza al afirmar que entre tan grandes filósofos no podía haber disentiendo en las doctrinas, sino sólo en las palabras, y que bajo palabras diferentes, Platón, Aristóteles y Teofrasto decían absolutamente lo mismo".

⁶⁰ SIMPLICIO, *Cat. 2; Phys.*, 404, 16.

⁶¹ SAN AGUSTÍN, *Contra los Académicos*, III, 19, 42.

⁶² JUAN FILÓPonos o GRAMÁTICO: "Uno de los más destacados filósofos del siglo VI fue Juan Filóponos de Alejandría, profesor de aquella universidad, en la que comentaba las obras de Aristóteles. Se convirtió al cristianismo por

entender que su doctrina favorecía la especulación. Sin estar adscripto totalmente al peripatetismo, ya que compara a Aristóteles con Platón se sirve de la lógica del primero y de sus Categorías, maravilloso instrumento para razonar, precisamente cuando se apoya en un principio dado, para con todo ello elaborar sus exégesis del dogma cristiano. En su libro sobre la *eternidad del mundo*, escrito contra Proclo, no desarrolla tanto un razonamiento teológico como una disertación erudita, ya que declara que Platón se inspiró en Moisés. En su comentario sobre el Génesis (*De opificio Mundi*, De la obra del mundo) aprovecha a Aristóteles para demostrar que el alma humana y los ángeles son incorpóreos. Por otra parte al aplicar a la Trinidad la doctrina aristotélica sobre las sustancias y las especies formadas de individuos distintos, cae en la herejía triteísta (tres dioses) al sostener que el Padre, el Hijo y el Espíritu son tres personas distintas. No por ello ejerció menos influencia sobre la escolástica ortodoxa, de la que debe considerarse uno de los precursores". (Louis Bréhier, *La civilización bizantina*, trad. cast. de J. Almoína, *La evolución de la Humanidad*, 50, México, 1955. pp. 301-302).

⁶³ A) *Los primeros teólogos*: Por *prisca theologia* (o *theologia priscorum*) Ficino entendía el pensamiento sobre lo "divino", contenido en el *Corpus hermeticum* y, ante todo, la sabiduría de Zoroastro, contenida en los *Oráculos caldeos*. Pico asumiendo tal concepción ficiniana, la había enriquecido y ampliado, incluyendo en ella el aspecto "mágico" de la doctrina de los caldeos y de los egipcios e insertando todo elemento de "sabiduría" en la *Cábala*, la cual remite verdaderamente, según Pico, a los principios del mundo". (Nota de Pignagnoli *ad locum*. Sobre este punto véase el estudio preliminar) Cf. MARSILIO FICINO, *Teología Platónica*, VI, I (Marcel, t. I, 224); "O, en fin, el alma del hombre es algo divino, presente en su totalidad en cada parte del cuerpo y producido de tal modo por un autor incorpóreo que sólo depende de la potencia (virtus) del agente y no de la iniciativa (inchoatio) la aptitud o la ayuda de la materia, según nos lo enseñan los primeros teólogos: Zoroastro, Mercurio, Orfeo, Aglaofemo, Pitágoras, Platón, y cuyas huellas sigue generalmente el físico Aristóteles". Cf. Id. id. XII, I (Marcel, pp. 157-158): "Porque supieron esto los primeros teólogos siempre unieron el ejercicio de la filosofía a la piedad religiosa. Al principio, la filosofía de Zoroastro (como Platón lo atestigua) no era otra cosa que una sabia piedad y un culto divino. También todas las discusiones de Mercurio Trimegisto empiezan con votos con sacrificios. También la filosofía de Orfeo y de Aglaofemo está consagrada toda ella a las divinas alabanzas. Pitágoras iniciaba los ejercicios de filosofía con el canto matutino de himnos sagrados. Platón exhortaba a empezar por Dios no sólo al hablar de un tema, sino antes de meditarlo y así lo hacía siempre él mismo. Pero insisto un poco en Pitágoras. Habiendo descubierto que el lado más largo del triángulo que llaman rectángulo vale tanto como la suma de los dos restantes, inmoló sencillamente a Dios una hecatombe, porque comprendía que jamás puede verse verdad alguna sin la luz de la verdad suprema. Por esto, en fin, Minerva, diosa de la sabiduría, es representada como nacida del solo cerebro de Júpiter. De aquí aquello: "De Jove es el principio, musas; todo está lleno de Jove". (trad. Riber).

B) PITÁGORAS y AGLAOFEMO a) PROCLo, *Teología platónica*, I, 6: "¿Y cuál no será la magestad (diría quien hace tales observaciones) de las ciencias de las cosas divinas tan celebradas por vosotros? En realidad estas doctrinas recogidas de todas partes no se pueden llamar platónicas. Como lo decís vosotros mismos, fueron acogidas en la filosofía de Platón y provienen de otros autores y vosotros no tenéis modo de demostrar como una la ciencia divina entera de que dispondréis. Y yo agregaría que acaso los filósofos más recientes que Platón podrían estar en condiciones de transmitir a sus seguidores, en oportunos tratamientos, un tipo único y perfecto de teología".

b) PROCLo, *Comentario al Timeo*, V, *proemio* (168, 1-15 Diehl, trad. Festugière, t. V, pp. 24-25): "Nos queda por decir acerca de estos dioses que ha mencionado Platón cuáles son las nociones que es preciso tener, porque entre

los Antiguos unos han referido la doctrina que les concierne a las leyendas mitológicas, otros a potencias custodias, otros a definiciones morales, otros a almas. A todas estas gentes las ha refutado suficientemente el divino Jámblico al mostrar que se equivocan tanto sobre el pensamiento de Platón como sobre la verdad de las cosas. Sea como fuere, he aquí como ha de hablarse.

"Timeo es un pitagórico y, por lo tanto, sigue los principios de Pitágoras. Pero estos principios no son sino las enseñanzas recibidas por transmisión de los órficos. Porque, en efecto, todo lo que Orfeo había revelado en secreto bajo la forma de doctrinas esotéricas, Pitágoras lo aprendió a fondo en el momento de su iniciación, en Libethro de Tracia, cuando el iniciante Aglaofemo le comunicó la ciencia de los dioses que Orfeo había aprendido de su madre Caliope; tal es, por cierto, lo que el propio Pitágoras dice en su *Discurso Sagrado*".

c) Cf. PROCLUSO, ob. cit. IV (161, 2 ss. Diehl, trad. Festugière, t. IV, p. 204): "Pero también es un rasgo pitagórico seguir las *Genealogías Órficas* puesto que ha sido de las enseñanzas órficas que la ciencia que trata de los dioses descendió, por intermedio de Pitágoras a los griegos, como el propio Pitágoras lo dice en su *Discurso Sagrado*" Cf. PROCLUSO, *Teología Platónica*, I, 6.

d) JÁMBLICO, *Vida de Pitágoras* 28, 146 Deubner: "... La doctrina acerca de los dioses (*Discurso Sagrado*) decía que Pitágoras el hijo de Mnesarco, había sido instruido a fondo en Libethro de Tracia, habiéndose revelado entonces el incitante Aglaofemo lo que antes había sido inspirado a Orfeo, hijo de Caliope, junto al monte Pandión por su madre".

MARSILIO FICINO, *Teología Platónica*, XVII, I: "Sobre estas cosas que pertenecen a la teoría, seis grandes teólogos estuvieron antiguamente de acuerdo. Se dice que el primero de ellos fue Zoroastro, cabeza de los Magos; el segundo, Mercurio Trimegisto, príncipe de los sacerdotes egipcios. A Mercurio sucedió Orfeo. En los misterios de Orfeo fue iniciado Aglaofemo. Aglaofemo sucedió en teología a Pitágoras y a Pitágoras, Platón, quien toda la ciencia de los nombrados encerró, desarrolló e ilustró en sus escritos".

C) FILOLAO.

a) PLATÓN, Fedón 61 E (habla Cebes): "Oí a Filolao cuando vivió en nuestra ciudad. Diógenes Laercio "Apolodoro de Cícico dice también que Demócrito fue contemporáneo de Filolao".

b) DIÓGENES LAERCIO, VIII 46: "Pues los últimos pitagóricos, a quienes vio también Aristoxeno, fueron Jenófilo de la Calcidia tracia y Fantón, Equecrates, Diocles y Polimnasto, todos de Fluente. Eran discípulos de los tarentinos Filolao y Eurito.

c) DIÓGENES LAERCIO VIII 84: "Filolao de Crotona, un pitagórico. Platón aconseja en una carta a Dion que le compre los libros pitagóricos... escribió un libro. (Hermipo dice que, según un escritor, el filósofo Platón fue a Sicilia a la corte de Dionisio y que compró el libro de los parientes de Filolao por el precio de 40 minas alejandrinas y que de él copió el *Timeo*. Otros afirman que los obtuvo tras haber conseguido de Dionisio la liberación de la cárcel de uno de los discípulos de Filolao)".

d) JÁMBLICO, *Vida de Pitágoras*. 199: "Digno de admiración es también el rigor en el mantenimiento del secreto; pues durante tantas generaciones nadie parece que se encontró con pensamientos pitagóricos con anterioridad a la época de Filolao; éste fue el primero en publicar tres notables libros, que según se dice compró Dion de Siracusa por cien minas a instancias de Platón".

Los textos están tomados de: G. S. KIRK y J. E. RAVEN, *Los filósofos presocráticos*. Historia crítica con selección de textos. Versión española de Jesús García Fernández, Madrid, Editorial Gredos S. A., 1969.

D) *Los pitagóricos* Cf. ARISTÓTELES, *Metafísica* A 5 985 b 23. (KR289).

⁶⁴ PLATÓN, *Epinomis*, 976 c. ss: "Nos es preciso, pues, encontrar una ciencia cuya posesión pueda crear la sabiduría del sabio que realmente lo sea y no simplemente tenido por tal. Veamos. Abordamos un asunto difícil si lo hay: al lado de las ciencias que hemos mencionado, se trata de descubrir otra que con toda realidad y verosimilitud merezca el nombre de sabiduría y cuyo adquirente

no sea un menestral ni un bromista, sino que, gracias a ella, sea sabio y bueno y, como ciudadano del estado, sea que mande o que obedezca, digno en sus funciones y ejemplar en todas las acciones. Consideremos primero cuál pueda ser, entre las ciencias actuales, aquella que abandonada por el hombre o no manifiesta en él lo convertiría en el más estúpido e insensato de los vivientes. Al menos, esta consideración no es excesivamente difícil. Oponiendo por así decirlo, una a una todas las ciencias, solo la que ha dado el número a la raza mortal podría cumplir lo dicho y me parece que más que un azar es un dios en persona quien no ha hecho este don que nos salva". Cf. PLATÓN, *Filebo* 16 c: "Este presente o don ha venido de los dioses a los hombres, al menos sobre lo que yo juzgo sobre el particular, una vez que fue lanzado de lo alto de las regiones divinas por un cierto Prometeo, al mismo tiempo que el más brillante de los fuegos, y los antiguos, que valían más que nosotros y vivían más cerca de los dioses, nos transmitieron esta tradición, que todo aquello de lo que se puede decir que existe está hecho de lo uno y de lo múltiple, y contiene en sí mismo asociados, el límite y la infinitud". (trad. Samaranch). Cf. ESQUELO, *Prometeo encadenado*, v. 459461: "Además, les inventé el número, el mayor de los conocimientos, y las combinaciones de las letras, memoria de todas las cosas, artesana madre de las Musas". (trad. E. Ignacio Granero).

⁶⁵ ARISTÓTELES, *Problemas* XXX. 6,956 a: "¿Por qué obedecerá el hombre más que cualquier otro viviente? ¿Será porque, como Platón contestó a Neocles, es el único capaz de contar? ¿O porque es el único que cree en dioses? O porque es el más imitativo (y esta es la razón que lo capacita para aprender?)".

⁶⁶ ABUMASAR (o Albumasar, Albumazar, Abu-Mashar, etc.) (805-886) Astrónomo y astrólogo, nació en Persia, floreció en Bagdad y murió en Wasit, Asia central. Las versiones latinas de sus obras se incorporaron al saber occidental en el gran período de las traducciones científicas del siglo XII que familiarizan a los círculos estudiosos con Alfarabi, Alfarabi, Avicena y el gran Averroes. La traducción de Albumasar (1143), debida a Herman de Dalmacia proporcionó los textos más influyentes para que la Iglesia del siglo XIII fijara sus posiciones respecto de la Astrología. La difusión se acrecienta con la imprenta: *Introductorium in astronomiam* (1489); *De magnis conjunctionibus* (1489) tratado copiosamente basado en Alkindi, *Flores astrologici* (1488). Una prueba del prestigio de Albumasar la proporciona Marsilio Ficino. El astrólogo musulmán aparece citado por el humanista florentino 18 veces: el tercero en orden de frecuencia entre los "árabes" después de Avicena y Averroes (R. Marcel, M. Ficini, p. 645. n. 3).

En la citada sobre las magnas conjunciones se sostiene la determinación astral del nacimiento de las religiones. El Cristianismo nació bajo la conjunción de Mercurio y Júpiter; el Islam bajo la de Venus y Júpiter, se ha pensado que la adhesión de Rogelio Bacon (c. 1210-c. 1293) a esta peligrosa doctrina pudo haber sido una de las razones de su prisión y sentencia. Las profecías astrológicas de esta misma obra abarcan el origen y el fin del mundo. Este fue creado cuando los siete planetas estaban en conjunción en el primer grado de Aries y llegará a su fin cuando la conjunción se repita en el último grado de Piscis.

La popularidad de Albumasar es corroborada por la literatura. Así se llama el perfecto sinvergüenza que pretende saber de las estrellas en la complicada comedia, de inspiración plautina, *Lo astrólogo* escrita hacia 1570 por el múltiple, inquieto e inquietante Gianbattista della Porta (1535-1615). Una adaptación de Thomas Tomkins fue representada ante Jacobo I de Inglaterra en 1615.

Cf. MARSILIO FICINO, *Teología Platónica* XV, V (Marcel III, p. 37): "No se ha encontrado ningún (platónico o peripatético antiguo) que no haya afirmado que las esferas celestes están animadas por almas racionales. Testigos de ello, entre otros muchos, son, entre lo platónicos, Plotino, Porfirio, Jámblico, Proclo, y, entre los peripatéticos, Teofrasto, Avicena y Algazel. En este asunto también Ptolomeo y Albumasar, Zaeles y Manilius parecen opinar como nosotros cuando afirman que los cuerpos celestes están provistos de almas y de

inteligencias divinas y obedecen como animales divinos al propio Dios, rector de todas las cosas".

AVENZOAR BABILÓNIO. Ver 135 Pignagnoli.

b) PLATÓN, *República*, 525b-c.

⁶⁷ a) APULEYO, *Apología*, p. 218, col. 1, ed. Didot: "Pues bien: Ahora quiero yo preguntar a esos eruditísimos abogados qué es un mago. Porque, si como he leído en muchos autores, *magos*, significa en la lengua de los persas lo que *sacerdote* en la nuestra. ¿Qué crimen hay, a fin de cuentas, en ser sacerdote, en haberlo aprendido y conocer a fondo las leyes de las ceremonias religiosas, las reglas de los sacrificios, los usos del culto?"

Como prueba de su aserto, Apuleyo cita a continuación el texto de Platón (70) y poco más adelante el pasaje de *Cármides* citado en N. 71. Ver la argumentación contra la malevolencia implicada en una acusación de magia que Apuleyo refuta.

b) PORFIRIO, *Sobre la abstinencia*, IV, 16 Nauck (texto orig. en Garin, ad loc.) "...entre los persas a los sabios y cultores de las cosas divinas se los llamaba magos".

c) Cf. M. Ficino, *Carta a los Tres Pedros*.

⁶⁸ PLINIO, *Historia Natural*, XXX, I, 2: "De todos modos advierto que antiguamente y casi siempre se buscó en esta ciencia la fama más alta y la gloria literaria. Al menos Pitágoras, Empédocles, Demócrito, Platón para instruirse en ella atravesaron los mares, por cierto más como exilados que como viajeros y al retorno la enseñaron y la incluyeron en sus misterios". DEMÓCRITO, BOLO DE MENDES, LESKY, H. de la L. Gr. p. 368: "La influencia de Demócrito fue muy amplia, pero en parte se exteriorizó en formas curiosas. Junto al investigador de la naturaleza, cuya herencia movilizó fuerzas creadoras una y otra vez en el curso de los siglos, se encuentra el discípulo de los magos persas, el depositario de secretos conocimientos a quien, en la época del segundo Ptolomeo, el pitagórico Bolo de Mendes convirtió en testimonio y exponente de su oscura sabiduría (B 300). A su vez, sus productos literarios tuvieron considerable influencia, continuándose hacia fines de la Antigüedad en los escritos de los alquimistas. En las cartas que a comienzos de la época imperial se falsificaban bajo el nombre de Hipócrates (C 2-6) aparece Demócrito como gran sabio con poderes mágicos" (Ver 9^a y 42). DIÓGENES LAERCIO, IX, 35: Demetrio, en sus *Homónimos*, y Antístenes, en las *Sucesiones*, dicen que (Demócrito) se fue a los sacerdotes de Egipto a fin de aprender la geometría, a los caldeos de Persia y al Mar Rojo. Aun hay quien dice que también estuvo en la India con los gimnosofistas y que no menos pasó a Etiopía. SUDAS, (DK, 68 A, 2): "...y según otros, más adelante, (discípulo) también de los magos y de los caldeos de Persia. En efecto, llegó hasta los persas, los indios y los egipcios y fue instruido en la sabiduría de cada uno de estos pueblos. PLINIO, *Historia Natural* op. cit. loc. cit.: (Continúa el pasaje que encabeza esta nota): Demócrito comentó a Apollonios, a Dárdano y a Fénix y, habiendo encontrado los escritos de Dárdano en el sepulcro de éste, según la doctrina de ellos compuso los suyos... Otros testimonios sobre los viajes de Demócrito y su fama ulterior como discípulo de los magos en DK. A 16, B 299, etc. Dárdano a sido identificado por M. Wellman como uno de los rivales en sabiduría con Salomón. Cf. *Libro de los Reyes*, 4, 29 ss; FLAVIO JOSEFO, *Antigüedades Judías*, VIII, 2, 5. Sobre Dárdano, (72). Sobre Demócrito mago y sus viajes, ver FESTUGIERE, *La Révélation*, I, cap. II, esp. p. 23 ss. y 137 n. 3.

⁶⁹ a) SALMOXIS, ZALMOXIS o XALMOXIS. HERODOTO, 4, 94-96.

b) ABARIS, HERODOTO, 4, 36.

c) ZOROASTRO. PLINIO, *Historia Natural*, XXX, I, 2: "Es sin duda en Oriente donde la magia ha sido inventada, en Persia, por Zoroastro; los autores están de acuerdo en este punto, pero ¿ha habido un solo Zoroastro? La

XXI, 14: "Se cuenta que el único que se ha reído al nacer fue Zoroastro; pero su monstruosa risa no le auguró ningún bien. Pasa por el inventor de las artes mágicas, que no le sirvieron de nada para defender la vana felicidad de la presente vida contra sus enemigos". (trad., J. Morán).

⁷⁰ PLATÓN, *Alcibíades*, I, 121 e - 122 a.

⁷¹ a) PLATÓN, *Cármides* (156 d - 157 ab) APULEYO, *Apología*, pp. 218-19 ed. Didot. En su defensa contra la malévola acusación de que es mago, Apuleyo aduce los pasajes de Platón citados en esta nota y en la anterior y ridiculiza las creencias populares en la omnipotencia de los magos. De ser así, en efecto, sería disparatado acusar y castigar a personajes dueños de tales artes y concluye estableciendo una aproximación entre tales acusaciones y las de impiedad y ateísmo esgrimidas, por ejemplo, "...contra Anaxágoras, Leucipo, Demócrito, Epicuro y todos los demás que han investigado la naturaleza. Quienes toman por objeto de sus investigaciones la providencia que dirige el mundo y que se complacen en honrar a los dioses son tratados de magos, como si supieran fingir las cosas cuya existencia constatan: hombres tales fueron antes Epiménides, Orfeo, Pitágoras y Ostanos. Y después se reprochó igualmente a Empédocles su *Catharmé*, a Sócrates su *Demonio*, a Platón su soberano bien. Por eso me felicito de que se me incluya entre todos estos grandes hombres". Nótese la coincidencia con la tesis de Pico entre dos clases de magia, una nefasta y perniciosa; la otra, que sigue mediante estudio los procesos de la naturaleza y sólo puede aparecer maligna a los ignorantes (Ver 76). El párrafo inicial de la argumentación de Apuleyo en lo referente a los magos en 67 a.

⁷² a) TERTULIANO, *Sobre el alma*, (P. L. II, 57, texto orig. cit. por Garin ad. loc.: "Ostanos y Tifón y Dárdano y Damigerón y Nectabis y Berenice...".

b) DIÓGENES LAERCIO, VIII, 16: "Perfeccionó (Pitágoras) en Italia a muchos hombres distinguidos, singularmente a los legisladores Zaleuco y Carondas".

c) DIÓGENES LAERCIO, I, 1-2 (ver n. 69 d). d) APULEYO, *Apología*, p. 254, ed. Didot: "...si probáis que yo he obtenido el menor provecho (al casarme con Pudentilla), acepto que soy un Carondas, un Damigerón, el famoso Moisés, un Jannés, un Apolonio, un Dárdano o cualquiera de los magos que se han hecho famosos desde Zoroastro y Ostanos...". El texto de Apuleyo que, es inseguro, tiene una relación directa con la lista de magos que sigue Pico y precisa su relación en este aspecto con Marsilio Ficino, quien introduce a Zoroastro entre los "antiguos teólogos" a partir de 1464 y basándose precisamente en los pasajes de Diógenes Laercio (ver 69 d) y de Apuleyo (ver MARCEL, M. Ficino, 607 ss.). e) APOLONIO DE TIANA. Se lo conoce particularmente por una *Vida* escrita por Filóstrato. "El Apolonio histórico vivió en el siglo I d. de C. y escribió sobre todo género de asuntos neopitagóricos, entre los cuales una vida del maestro. Entre las 77 cartas que nos han llegado puede haber algo de auténtico. Pronto se adjudicaron a este personaje relatos maravillosos que hicieron de él un gran hechicero. Pero Filóstrato trata de convertirlo, de embaucador de baja estofa, en asceta y taumaturgo neopitagórico, en un verdadero *theios aner* (hombre divino). Como Filóstrato incorpora a esta aretología episodios de fabulosas novelas de viajes, tiene ocasión de dar un tono orientalizante a capítulos como la estancia del sabio en la India halagando así el gusto de su egregia protectora (Julio Domma)". ALBIN LESKY, *Historia de la literatura griega* (versión esp. de J. M. Díaz Regañón y Beatriz Romero, Madrid, Gredos, 1968, p. 870). Los humanistas tuvieron en gran estima a este Apolonio y hubo quien llegó a colocarlo en la línea de reveladores de lo divino junto a Abraham, Orfeo y Cristo. e) OSTANOS. PLINIO, *Historia natural*, XXX, I, 2: "El primero según resulta de mis indagaciones que haya escrito sobre este asunto (la magia) y cuyas obras subsisten en Ostanos. Había acompañado a Jerjes en

gérmenes de este arte monstruoso e infectó todos los lugares que recorrió. Los autores exactos colocan poco antes que él a otro Zoroastro, de Proconeso. Lo cierto es que este Ostanes fue quien inspiró a los pueblos de Grecia no el amor, sino el furor de esta ciencia".

Cf. FRANZ CUMONT, *Lux Perpetua*, París 1949, p. 99: "Entre las diversas especies de procedimientos mágicos, hay dos cuya difusión atribuyen los antiguos a los persas; la hidromancia, que hacía ver en un vaso lleno de agua imágenes de demonios, y la necromancia. El mago Ostanes era el más célebre de los doctores en ciencias ocultas que se hubiesen ocupado en este tema. El puro mazdeísmo de Zoroastro prohíbe rigurosamente la hechicería que apela a los devas, porque su dualismo reprueba todo trato con las potencias de las tinieblas. Pero los magos de Asia Menor, observadores poco fieles de la ortodoxia zoroastriana, ofrecían a Ahriman sacrificios nocturnos en que mezclaban al jugo del amomo la sangre de un lobo para apartar los males con que los amenazaba el Espíritu Maligno, y desarrollaron la teoría y la práctica del arte sospechoso que les debe su nombre la magia".

f) DÁRDANO. COLUMELA, *Los doce libros de la agricultura*, X, 357-362: "Mas si de estos remedios no se alcanza, el anhelado fin, vengan las artes, de Dárdano, y tres veces dé la vuelta, contra las mustias eras de su huerto, y en derredor del seto que las guarda, una doncella con el pie desnudo, que su infalible deuda esté pagando a la edad juvenil y ruborosa, vertiendo lentamente sangre impura, camine triste, con el pelo suelto, y el cinto virginal desanudado" (trad. C. J. Castro).

Ver a) y d) y 68, sobre la identificación de Dárdano con uno de sus rivales en sabiduría de Salomón. Para una orientación precisa remitimos a Festugière *La Révélation*, I, cap. II y p. 137 n.3.

73 a) PLINIO, op. cit. loc.: "Pero aun más sorprendente es que Homero guarde sobre este arte un completo silencio en la *Iliada*, mientras que en la *Odisea* se trata continuamente de magia, hasta el punto que este poema no tiene otro fundamento. En efecto, según los magos, no se debe explicar de otro modo a Proteo, el canto de las sirenas, Circe y la evocación de los infiernos".

b) Véase FÉLIX BUFFIÈRE, *Les mythes d'Homère et la pensée grecque*, París, Belles Letres, 196, en esp. p. 271 n.20. Interesantes testimonios de la utilización mágica de Homero.

74 a) PLINIO, *Historia Natural*, XXX, 1, 27. Eudóxo, que ha pretendido que entre las sectas filosóficas la magia era la más ilustre y la más útil, colócala a este Zoroastro seis mil años antes de la muerte de Platón; lo mismo hacia Aristóteles. Hermipo, que ha escrito con mucha exactitud acerca de todas las partes de este arte y que ha comentado los dos millones de versos compuestos por Zoroastro y puesto tablas a la obra de este autor, refiere que Zoroastro ha bebido su doctrina en Azonaces y que vivió cinco mil años antes de la guerra de Troya". Cf. DIÓGENES LAERCIO, VIII, 86 y ss.

c) HERMIPO DE ESMIRNA. Biógrafo peripatético e historiador del siglo III a. de C. Nada se sabe de cierto acerca de su vida, y de su obra nos ha llegado fragmentos. Discípulo de Calímaco, catalogó las obras de Teofrasto y de Zoroastro.

75 a) AL-KINDI (h. 796- h 866) Se le atribuyen más de doscientos ochenta escritos y fue el primer pensador árabe que recibió el título de filósofo. Su tratado *sobre el intelecto* fue traducido al latín medieval y, también al latín. *Sobre el sueño y la visión* y *Sobre las cinco esencias*. "El hallazgo y la edición por el profesor Abu Rida de un importante grupo de escritos de al-Kindi ha confirmado su excepcional importancia en el desarrollo de la filosofía árabe y en su evolución desde la originaria síntesis neoplatónica hacia la restauración aristotélica que culminará en el asfuerzo extraordinario de Averroes". (MIGUEL CRUZ HERNÁNDEZ, *La filosofía árabe*, Madrid, 1963, pp. 37-38). Entre los problemas que abordó al-Kindi tiene particular importancia el de las relaciones entre la filosofía y la verdad revelada.

ROGERIO BACON (1214-1294). Hombre de vida intensa, combativo y combatido, Rogerio Bacon, como ha señalado muy bien Gilson, actúa más como un profeta que como un filósofo. Aspiró, como siglos después Comte, a una síntesis total del saber, científico, filosófico, religioso para establecer "una sociedad universal coextensiva con el género humano". (E. GILSON, *La philosophie au Moyen Age*, 2º ed., París, 1947, p. 482).

GUILLERMO DE AUVERNIA (h. 1180-1249) Obispo de París, de ahí también llamado Guillermo de París, su pensamiento afronta las dificultades que la metafísica de Aristóteles le plantea, como antes a Avicena, acerca de una concepción monoteísta.

Su cosmología, fuertemente influida por el *Timeo* rechaza las inteligencias separadas aceptadas por Avicena.

76 *Enéada*, IV, IV, 42-43.

77 PORFIRIO, *Vida de Plotino*, 10: Amelio gustaba de ofrecer sacrificios, no descuidaba las ceremonias de la luna nueva y celebraba todas las fiestas del ciclo. Un día quiso que Plotino lo acompañara, pero Plotino le dijo: "Corresponde que los dioses vengan a mí y no yo a ellos". Cuál era su pensamiento al pronunciar tan altivas palabras, no pudimos comprenderlo y no osamos preguntárselo.

78 PLINIO, *Historia natural*, XX, I: "Explicaré la paz y la guerra naturales los odios y las amistades de cosas sordas e insensibles, hechas todas para el hombre; maravilloso concurso que los griegos llamaban "sympathia" y en que se ve, siendo el agua y el fuego los principios de toda cosa, el agua apagar el fuego, el sol devorarla, la luna producirla y estos dos astros eclipsarse el uno al otro; en que se ve, para descender de esas alturas, el imán atraer el hierro, otra piedra rechazarlo; el diamante, el gozo de la opulencia, refractario e insensible a todas las violencias, quebrase por la acción de la sangre de chivo, y tantas otras maravillas de que hablaremos en su lugar, iguales o mayores".

79 *Scholia in Theocritum vetera* (ed. Wendell), II, 17 (cit. Garin ad loc): (torcecuello, ave): ave de Afrodita que las hechiceras tienen como ayuda en las magias. Cf.: *Oracula Chaldaica*, ed. Kroll, p. 39 ss.; *Pselli hypotyposis*, (ed. Kroll, 4, p. 73).

80 *Isaías*, 6, 3.

81 a) *Esdras* IV, XIV, 45-47. b) HILARIO, *Tractatus Psalmi* II (PL 9, 262cd-263a) (Texto cit. Garin ad loc): Estos ancianos que transmitieron los libros y la tradición espiritual según Moisés eran adeptos de la ciencia de los conocimientos ocultos...

c) ORÍGENES, *Sobre el evangelio de San Juan*, XIX, 15 (Texto cit. Garin n. ad. loc) ...claro es que estos (los hebreos) muchas veces hablan basándose en ciertas misteriosas y remotas tradiciones por las cuales tenían conocimiento de cosas diversas de las comunes y divulgadas.

82 *Eclesiástico* 46, 1.

83 MATEO 7, 6: No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los puercos, no sea que las pateen con sus pies e, revolviendo contra vosotros, os hagan trizas.

84 *I. Corintios* 2, 6-7: Sabiduría, si hablamos entre los perfectos; sabiduría, empero, no de este mundo ni de los jefes de este mundo, condenados a perecer; sino que hablamos de la sabiduría de Dios, encerrada en el misterio, la escondida, la que predestinó Dios antes de los siglos para gloria nuestra. Cf. *Romanos*, I 17: Porque la justicia de Dios en él se revela de fe en fe, según está escrito. "Mas el justo vivirá por la fe". Cf. *Corintios* 2, 12-13: Mas nosotros recibimos no el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para que conozcamos las cosas que Dios graciosamente nos dio, las cuales asimismo ha-

blamos con no aprendidas palabras de sabiduría humana, sino con las aprendidas del Espíritu, adaptando lo espiritual a lo espiritual.

⁸⁵ a) JAMBlico, *Vida de Pitágoras*, 28, 146 (Ver 63d).

b) PLUTARCO, *Sobre Isis y Osiris*, 9 (mor. 354b-c) "Los reyes eran escogidos entre los sacerdotes y los guerreros, dado que para una clase la dignidad y el honor no venían de la valentía y para la otra de la sabiduría. Por eso, el escogido entre los guerreros pasaba de inmediato a contarse entre los sacerdotes y participaba de su filosofía; ésta, en su mayor parte, estaba encubierta por mitos y sentencias que tenían oscuras imágenes y entrevisiones de la verdad. Tanto les importaba esto que consideraban conveniente colocar esfinges delante de los lugares sagrados para indicar hasta qué punto era enigmática su sabiduría teológica. En Sais, la estatua de Atenea, que ellos llamaban Isis, llevaba la inscripción: "Soy todo lo que ha sido y es y será todavía no ha levantado mi manto mortal alguno".

Plutarco se refiere a los primeros tiempos de Egipto tal como le ha llegado a través de los relatos de sacerdotes y de lecturas. Una vez más sus informaciones acerca de la sabiduría tienen la pureza de lo remoto por la usual asimilación antigua entre lo original y lo verdadero. La versión es literal y trata de ajustarse a lo que en el texto atrae a Pico della Mirandola en su búsqueda de la revelación de los antiguos teólogos para justificar su método de conocimiento defendido en las tesis.

c) PLATÓN, Carta II, 312d; 314b-c: "Ha de darte (Arquedamo) asimismo explicaciones detalladas acerca de esa otra cuestión, más preciosa y elevada que ésta, sobre la cual me has enviado un mensaje exponiéndome tus dificultades. Dices, en efecto, según él se expresa, que no te ha quedado suficientemente demostrada la naturaleza del "Principio". Tengo que explicártelo en lenguaje enigmático, a fin de que si mi carta "sufrir algún percance por los recovecos de la tierra o del mar" el que lo lea no lo entienda". "...cuida de no tener que arrepentirte algún día de cosas que ahora hayas dejado trascender indebidamente. La precaución más eficaz no es escribir, sino aprender de memoria, pues no es posible que lo escrito no trascienda. Este es el motivo por el que yo no he escrito jamás nada acerca de estas cuestiones, y no existe ni existirá obra alguna de Platón. Las que ahora se dice que son tuyas pertenecen realmente a Sócrates, restituido al esplendor de su juventud. Adiós y que sigas mis consejos; por de pronto esta carta, después de haberla leído repetidas veces, quémala.

c) DIONISIO AEROPAGITA, *La jerarquía Eclesiástica* 376b-c: En cuanto a nosotros, en cambio, ese don que las esencias celestes han recibido de manera una y simple, la divina tradición de las Escrituras no nos ha transmitido sino conforme a nuestras fuerzas, a través de la múltiple variedad de símbolos diversos. Así, lo esencial de nuestra jerarquía (humana) son los oráculos transmitidos por Dios. Por eso, pues, nosotros no entendemos solamente por santísimas Escrituras lo que nuestros santos iniciadores nos han dejado en sus divinos escritos y en sus tabletas teológicas, sino también todo lo que estos hombres santos, con iniciación menos material y, por así decirlo, más próxima a la jerarquía celeste han transmitido a nuestros maestros de mente en mente, sin escritos, por intermedio de la palabra, de modo corporal, puesto que hablaban, inmaterial, no obstante, puesto que no escribían. De tal modo, los primeros sacerdotes inspirados no han confiado al uso común del santo culto estos misterios sin la protección de un velo, sino a través de símbolos sagrados. No todos, en efecto, son santos, y como dicen las Escrituras, el conocimiento no es de todos". (I, *Corintios*, 8, 7).

⁸⁶ IV, Xiv, 45-47.

⁸⁷ Cf. SAN AGUSTÍN, *Confesiones* VIII, 23: Me encaminaré, pues, a Simpliciano, padre en la colocación de la gracia bautismal del entonces obispo Ambrosio a quien éste amaba verdaderamente como a un padre. Contéle los asen-

dereados pasos de mi error; mas cuando le dije haber leído algunos libros de los platónicos, que Victorino, retórico en otro tiempo de la ciudad de Roma, y del cual había oído decir que había muerto cristiano, había vertido a la lengua latina, me felicité por no haber dado con las obras de otros filósofos, llenas de falacias y engaños, según los elementos de este mundo, sino con estos en los cuales se insinúa de mil modos a Dios y a su Verbo. (trad. A. C. Vega).

⁸⁸ JAMBlico, *Vida de Pitágoras*, 28, 146. Cf. DIÓGENES LAERCIO, VIII, 8.